

LUIS RODRIGUEZ MACIAS

No habrá quien te entierre



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE SAN LUIS POTOSI

SAN LUIS POTOSI, S. L. P. - 1987

SAD-3704✓

M
863.4
R6N6
(A)

EX-LIBRIS



Inv 96
98

SISTEMA DE
BIBLIOTECAS
U. N. S. I. P.

0006-87006-003

Editorial Universitaria Potosina

a Leticia



¡Toma, madre, estos pesos para tu cajón, porque si me muero no habrá quién te entierre!; con la voz de hilo desprendiéndose de la madeja que tenía atorada en el pescuezo, le dijo Antonio Camarillo a María Virtudes, quien se quedó tiesa como un palo clavado en la cocina. Al salir dejó una sombra en el vano de la puerta, mientras ella permanecía de pie junto al fogón, el humo le arrancó dos gotas blancas que recorrieron los pellejos de su cara. Tomó una braza con los dedos nudosos para prender el cigarro que traía en la esquina de la boca; atizó la lumbre, acomodando los tenamastes con la punta del bordón, y al dejar la braza que sostenía en la mano, ésta cayó entre la espuma de la olla de barro donde se cocían los frijoles. Sin darse cuenta salió al patio para dirigirse a la silla que se encontraba bajo la fronda del almendro. Con la espalda encorvada apoyándose en el bastón se fue caminando como un animal cansado, removi6 la tierra al golpe de las pisadas que se confundían con el ruido del fald6n de un gris eterno, la blusa cubierta con tenues motas desvaídas, llegan hasta el cuello que dormita entre las manchas de grasa. Fue a sentarse en la silla de mimbre recargando en el es-

paldar el bastón de madera de naranjo, se tocó el rostro estragado por el viento de los años, la ceniza se desprendió de la colilla esparciéndose entre los pliegues y con las manos enmohecidas sacudió el vestido; levantando los brazos se alisó el pelo, recogió entre los dedos las hebras amarillentas, desplazándolas hasta la nuca para formar una borla que atravesó con la horquilla. De las bolsas remendadas extrajo una cuchara y comenzó a escarbar.

Los pájaros revolotearon entre las hojas del almendro, el tronco había pepenado el polvo de los tiempos, mientras ella se desmoronaba enflaquecida, espolvoreando los huesos en las baldosas del corredor. Trató de recordar cuánto había transcurrido desde que plantaron el árbol, los recuerdos se desbarrancaron en los atajos de la memoria, retazos de imágenes sobresalían aterrados entre la polvareda de los años. La figura de Cornelia Pantoja levantó el azadón, endureciendo las manos para descargar el golpe que se hunde en la tierra almibarada, al aflojar los terrones los desmigaja con los dedos y en cada movimiento la trenza montaraz le serpenteaba el cuello. El sol amarillo y sediento se bebe el sudor que le mana de la frente, los pechos siguen el vaivén de los brazos en un movimiento que termina en la profundidad del silencio donde se enterraron las raíces.

Cornelia Pantoja fue la única sirvienta que sobrevivió a aquel ejército de servidumbre que se paseó por los patios de la antigua casona, el avatar de la crisis los fue desvalagando, se perdieron

en el monte y pastorearon el hambre, el abatimiento se apalancó en las alacenas que un día reventaron de alimentos; desbalanceando las barrigas en aquellas comilonas encabronadas donde se festinó cualquier suceso. Cornelia, con los ánimos acalambados, se quedó al lado de Sara Bustamante amarrándose la tripa hasta que se le formaron los meandros en la cara, salpicada de recuerdos, su presencia se fue haciendo imprescindible, con maestría de refinación doméstica, realizó el milagro de las raciones al distribuir con paciencia bíblica los pocos dineros que caían en sus manos, y durante mucho tiempo los trozos de carne navegaron en la vajilla despostillada. Su figura frondosa se multiplicó por el zaguán, regando las macetas de los geranios que derramaron perfumes al través de los pasillos, humedeció los tiestos colgados de las pilastras que sostenían las arcadas alrededor del patio, los pájaros en las jaulas de carrizo agitaron las alas cardenalias en un aleteo desaforado al abrirse la puertecilla para dejar las migas de masa y los puñados de alpistle.

Cornelia conocía hasta la saciedad los vericuetos de la casa, la costumbre empedernida de los habitantes, los suspiros y malquerencias, leía en el rostro el estado de ánimo, lo cual le permitió capear los temporales. En el trajín de los días, remataba en la calle y a punta de escobazos apacigua el polvo, con el bote de lámina inicia el regadío para evitar que las motas picaronas brinquen hacia la copa de mezcal que solía tomarse José Camarillo al pardear la tarde. Termina colocando la mecedora de bejuco, donde el dueño

de la casa va a sentarse a remendar los recuerdos. Al concluir el ajeteo se recoge en su cuarto con el alma rendida, y para lograr el sosiego, descuelga la guitarra que yace en la pared, en el ritual de la afinación pulsa los trastos y con delicadeza comienza a desenterrar su propia historia; que va cayendo para sembrar las tristezas. María Virtudes con las trenzas encendidas por los listones rojos, vuela como mariposa hasta posarse en la almohada y al recargar la cabeza roza con el pelo la curva de la guitarra, permanece en silencio, sintiendo que las notas le bañan el oído, hasta que el grito desaforado proveniente de la calle, rastrilla el patio, pasa entre los postigos, despedazando las notas, es la voz de piedra de José, exigiendo que tocara para él. Los dedos de Cornelia exprimen las cuerdas, en tanto, la figura desgarbada continúa meciéndose frente al portón apoyando las piernas largas de garrocha desvensijada, con los tacones clavados en la tierra en un balanceo adormecido y en cada flexión, el crujir de las rodillas repiquetea a través de los huesos, haciendo eco en la horqueta a la altura del cinturón.

Al perderse el sol entre la recua de nubes, las parvadas de palomas regresan a los nidos y dejan caer gotas de un verde espeso; caen a plomo en el pescuezo de José Camarillo, al sentir cómo el mierderío le va escurriendo entre los canales del rostro, se levanta lanzando pestes que salen despavoridas de las cavernas del cogote, tumbando telebrejos y limpiándose la mierda de los bigotes, corre hacia el despacho, y al sacar del armario el máuser descomunal, dispara a diestra y siniestra

reventándole el buche a las parvadas de la paz. Destraaba el coraje, y se vuelve a la mecedora, arrellanándose en el asiento espera que el sol se despeñe entre la silueta del lomerío, con los ojos cerrados se va perdiendo en los caminos de la memoria, mueve las manos y los dedos se escurren por las marcas deshilachadas que dejaron la botonadura de plata en los bordes de paño negro del pantalón estrecho, las nebulosas se apaciguan con el aleteo de los recuerdos. Se veía con el fuate trenzado pajueleando las moscas en la Hacienda de Sacramento, la peonada rindiendo cuentas de las cabezas de ganado que atestaban los corralones, las trojes reverberando de pastura, las caballerizas y los establos, apretujados de sementales.

Al acicalarse el bigote continúa levantando polvareda, hasta formar una nube que envuelve el lomo de los becerros, la retahila de animales seguía interminable en un movimiento ondulante, como la lengua al remojarse en el mezcal, el cuernerío apelotonado en los aguajes, le incitan a escarbar en los breñales de los recuerdos; evoca los borbotones que chorrean de las botellas al celebrar las trácalas en la venta del ganado. Sara Bustamante, su mujer, lo jala de la manga para sacarlo del aletargamiento apelmazado en el que se perdía, al abrir los ojos verdosos como el agua que se pudre en el aljibe, se llenan de pesadumbre trasijada al volver a la realidad; miran el dedo de la mujer que señala el plato con los limones que había depositado junto al salero de tapón de plástico. Vuelve a sumirse en los breñales, mientras ella se va alejando entre el ruido de

la popelina y el taconeado pesado de yegua sementera que retumba por la banquetta; con el pecho levantado agujera el aire, camina moviendo los cuadriles, la nariz arremangada y los ojos despuntado entre las sombras con el viejo esplendor que desmadejó el corazón trasnochado de su marido, la mantilla carcomida se sostiene en el despliegue de los hombros; se dirige al rosario con la devoción palpitando entre los dedos.

La mecedora continúa amortajando las ciénegas del pasado, el vociferío preñado de salivazos, cavó en el derramadero de cualquier signo gubernamental, acusaba al gobierno de su quebrantada economía, lo llenó de maledicencias, refiriéndose a los miserables dineros que le dieron de indemnización por los potreros de la hacienda, que no le sirvieron ni para calentar un pollo.

De aquella expropiación de tierras, sólo le quedó el casco, sirvió de cagadero a los animales, que atestaron de socavones al salón de baile, las vigas apolilladas no soportaron el peso de los techos, cayendo despanzurradas por el peso de los ladrillos. La sequía remató los becerros, morían desperdigando el hueserío entre las veredas, donde se formaron costras de estiércol y gusanos. Las deudas se fueron amontonando, vendió los galerones, las trojes; los establos aplastaron los sementales, y sólo dos vacas sobrevivieron a la ferocidad de la catástrofe. Obligado por las circunstancias, vendió el terreno colindante a la casa, y en ese lugar se montó un taller mecánico, el ruido infernal de los motores y el olor del aceite, le provocaron unos retortijones que lo tiraron en cama.

El traqueteo de los camiones arrancó a José Camarillo de su marasmo, las redilas amenazantes provocaron el estrépito por la carga del mineral, las minas descubiertas en el cerro del Gallo voltearon el pueblo de cabeza; sentado en la mecedora veía pasar los nuevos rostros cetrinos, y masticando la voz, comenzaba a despotricar, —bola de cabrones, ricos a fuerzas, hasta los criados nos quitaron, disque ahora son obreros—.

Al abandonar la mecedora, se sacudió con el sombrero las nalgas ampolladas, con el paso cascorvo se dirigió a la cantina, al acomodarse la conciencia forzaba el saludo a los manojos de gente que se encontró por el camino. Aquellos rostros quemados fueron invadiendo el pueblo, a medida que las minas se iban explotando, el caserío se extendió por las orillas, crecieron los tendajos donde chapaleó el mezcal, los nuevos habitantes se arremolinaron en la Iglesia; las imágenes se multiplicaron para simbolizar la fe que se traía en rastras: los altares improvisados se alumbran con veladoras que se apelotonaron en el crucero chorreando parafina.

José continuó por la calle de Porfirio Díaz para dirigirse al bebedero, donde lo esperaba el mezcal de aquella taberna asentada en la calle porfiriana que atravesó el pueblo, la placa inmemorial se fue borrando a cubetazos de alcohol; la figura escarpada de Camarillo se paró en la esquina donde cruza la calle de la iglesia, se agazapó en la obscuridad y reculó hacia la puerta que conduce al salón en la parte trasera de la cantina, el alma erosionada experimentó un rego-

cijo al chocar los nudillos en la madera resinosa, cuando abrieron la puerta extendió los dedos, clavó las uñas en la niebla desgarrando el humo que se debatía en el bodegón, abriéndose paso llegó hasta la mesa, colocó una silla junto a los comensales de la suerte, ahí permaneció engarrado. Las miradas zopiloteando, se perdían en mazo de la baraja al partirse en la penumbra de aquel desplumadero con los techos cubiertos de telarañas que restañan las cuarteaduras donde se filtra el aire que brama adolorido al macerar la suerte.

Los ceniceros de barro atascados de colillas cenicientas, se espolvorean por los movimientos grotescos al tallarse la baraja, en ese ritual iluminado por la luz del foco que descende a plomo, el cable embadurnado de moscas detiene la caída a la altura de las cabezas, y simula el descenso al centro de la mesa, el ruido es tragado por la tos continua destrozando las anginas de los jugadores empedernidos, quienes pierden hasta la camisa en ese delirio frenético de la última carta, los rostros se van abotagando conforme la noche consume la botella de mezcal, el espasmo de las miradas en el tormento lúgubre al ver cómo se pierde el fajo de billetes; el remolino de la pasión queda entelerido hasta que el último peso se desliza sobre la madera redonda de la mesa de azar, en esa marabunta de todos los días José Camarillo perdió los roperos, el juego de sala que se transmitió por varias generaciones y que fuera el relumbrón de aquella casa que olía a recuerdos rancios y a pasas podridas, arrasó con el confidente, la herencia parisina de la abuela de Sara;

las estatuillas de bronce que adornaron el vestíbulo de la casa de San Luis Potosí, donde floreció el apellido, el tú y yo tapizado de terciopelo rojo, las poltronas, el reloj de péndulo que marcó la hora de la parida, los cuadros enmarcados en madera tallada que tapizaron las paredes de la sala. Todo se fue perdiendo en los abismos pasionales de la cantina, las tijeras de trasquilar borregos, y alguna que otra gallina se fue hacia otros caldos dejando en la orfandad los pollos colorados. Aquel ejército de saqueo se detuvo cuando Sara Bustamante amenazó con incendiar la casa si algún objeto más se perdía en el juego, tomó una decisión tan férrea que no se dio cuenta cuando blandió el cuchillo y descargó un golpe sobre un trozo de madera de encino que retumbó en el tinajero; al marido se le aflojaron las corvas, mientras la hoja de acero se quedó temblando, la decisión pétrea de su mujer lo obligó a tragarse la saliva, sin decir nada se fue al cuarto, haciéndose el desentendido se metió en la cama a esperar las tilangas de la suerte.

Sara Bustamante se quedó en la cocina, tomó un cigarro de la alacena y fue a sentarse llevando una taza de café, a cada trago levantaba el rostro y mirando hacia la puerta se perdía traspasando las sombras que se arrejolinaban en el patio; cuando el frío se metía en la cocina, cogió el extremo del fichú y se cubrió el pecho, de nuevo bajó la vista para tomar el cigarro que se consumía junto a la taza descolorida, lo fumó con apuración para aplacar la dolencia que le bullía por dentro. El sonido del agua la sacó de su marasmo; volteó hacia donde provenía el ruido,

en uno de los rincones Cornelia comenzó a lavar los jarros, Sara le miró el pelo suelto que caía por la espalda y las enaguas estampadas que llegaban hasta el tobillo.

—Ya deja eso y ponte a cenar— le dijo a Cornelia mientras depositaba la taza en el plato. Las manos de la sirvienta buscaron el delantal para secarse los brazos, al terminar se fue directo al fogón y se puso a recalentar los frijoles que había en la cazuela, de la hornilla sacó el molcajete, agarró el tejolote y de dos porrazos deshizo el chile que navegaba en el caldo. Al acomodar la silla logró sentarse, extendió el pie acercando los leños, tomó uno de ellos y atizó la lumbre para calentar las tortillas.

—Ya se tardó María Virtudes— mencionó Sara.

—No quiere calostros— le dijo Cornelia evadiendo la respuesta.

—¿Les pusiste canela?—

—No, el señor quedó de traerla—; hizo una pausa y agregó: el dinero que traía se lo ha de haber empinado en la cantina.

—No hables así de él, que todavía sigue siendo mi marido— le respondió Sara.

—Cornelia no dijo más y encogió los hombros—.

Sara se había terminado el café cuando llegó

María Virtudes, vio a su madre con la colilla del cigarro a punto de quemarle los dedos, al pasar el umbral volteó el rostro hacia donde se encontraba Cornelia, quien había hecho costumbre de dejar que Sara permaneciera sola en la mesa después del temporal.

—¿Puedo sentarme?— le dijo María Virtudes a su madre.

—Puedes— le contestó Sara.

¿Tuvieron problemas?— señaló la hija.

Al escuchar la pregunta Cornelia dejó de masticar y terció en la plática —tu madre; que no lo aguanta, con eso de que ya arrió con los triques—.

María Virtudes esbozó una sonrisa y le tomó las manos que aún temblaban del coraje, a la vez que le decía: —para qué te mortificas, mi papá siempre ha sido así—.

—Cómo no quieres que me mortifique si al rato nos va a dejar en la calle—. Al término de la frase separó una de las manos para recogerse el pelo entrecano que le cubría la frente.

—¿Dónde está?— le preguntó María Virtudes.

—Se fue a dormir— le contestó.

Las dos permanecieron sentadas, mientras

Cornelia continuó atizando la lumbre, las chispas saltaron perforando la humazón y fueron a chocar en la olla de barro donde hervía el café, que lentamente se perdió en la noche.

Cuando Antonio Camarillo dejó parada a María Virtudes frente al fogón, abandonó la cocina y se fue caminando por los escombros de los pasillos, pasó entre los rayos que se filtraban por los hoyos de la techumbre, siguió por las tapias, se quedó mirando los montones de leños, que sepultaron entre las polillas las flores de las bugambilias, en los rasguños de la desolación crecieron las malvas que se extendían entre los paredones deslavados, el esqueleto de los tiestos quedó colgando de los clavos cacarizos que mostraban la pesadumbre al crucificar las flores. Las puertas desportilladas, los goznes carcomidos, las parras agonizando entre los hervideros de basura donde se desgañitaba la ventolera al golpearse en el tronco de la jacaranda decapitada por manos sin corazón.

Al emparejarse la hoja del portón se escuchó el ruido de la tranca; María Virtudes se quedó con el alma colgada en los varejones y continuó alimentando los muladares de la conciencia, al remendar los retazos de fantasmas que seguía en aquel caserón desmadrado.

Antonio se fue pastoreando el polvo por la calle milenaria donde se encuentra la carpintería, inclinó la cabeza para saludar a Aurelio Ortiz quien continuaba haciendo estuches de caoba.

En el interior del local recargando la edad indescifrable en el muro de adobe, junto al marco de la puerta permanecía el carpintero, sentado en la maza de una rueda de volante y sobre las rodillas tenía un estuche de madera, la mano tembeleque sostenía el formón, tratando de hacer la moldura en la tapa de la caja, levantó la vista y alcanzó a distinguir a Antonio que venía a mitad de la calle; se le quedó mirando y fue cuando él se dio cuenta que lo veía, e hizo un movimiento para saludar al artesano quien continuaba burilando la historia con los dedos, al recibir el saludo dejó el formón en el suelo recargándolo en la base de la maza, levantó el brazo hasta tocar la armadura de los lentes para acomodarlos, al momento se apoyó en el bastón e inclinó el cuerpo a un costado, de la bolsa trasera sacó el paliacate y se limpió la frente, el trapo se fue deslizándose por las matas cenizas del pelo, lo bajó hacia el mentón limpiándose las hebras de las barbas, al terminar sacudió con el pañuelo las birutas de la pechera y en el golpe sacó el lápiz que sobresalía de la bolsa, hundiéndose en la tierra. Con la punta del bordón formó un surco hasta encontrarlo, muy despacio fue aproximándolo hacia el huarache y cuando rozaba el borde se agachó a recogerlo, al enderezarse se apoyó en las juntas de los adobes y haciendo un esfuerzo descomunal volvió a la posición anterior, para recargarse en la pared y fue cuando se dirigió a

Camarillo con la voz perdida preguntándole por María Virtudes.

—¿Cómo está tu madre?— le dijo mientras se acomodaba el paliacate. La pregunta lo detuvo, por unos minutos se quedó titubeando y por fin decidió caminar hasta la puerta, cuando se iba acercando, Aurelio le vio los ojos infinitos y las pestañas tupidas iguales a las de María Virtudes.

—Nunca se queja— le dijo Antonio arrastrando las palabras, al terminar la frase clavó la mirada en el trabajo de las molduras y una mueca de tristeza le cambió el rostro, dio unos pasos para agarrar sombra y fue a sentarse al tronco de mezquite, al sacudir el sombrero extendió las piernas.

—En la casa de mi madre hay un estuche como ése, el otro día lo abrí y encontré unos zapatos de niño y un breviario—, murmuró, extrajo la bolsa del tabaco y una frazada de hojas de maíz que traía atadas con hilo de cáñamo, al desamarrarlas separó una hoja recortada, espolvoreó el tabaco untando saliva a los extremos, la fue enrollando con los dedos interminables y acabó por apretarle las puntas.

—¿Tiene lumbre?— le dijo.

—En la fragua, quita el bote de la pegadura con las tenazas y préndelo en el carbón—.

Antonio se puso de pie y se dirigió al extre-

mo del jacalón que se encontraba en penumbras, abrió la puerta que conducía al corral y el chorro de luz inundó el rincón donde colgaban de una alcayata las tenazas, retiró el bote; al prender el cigarro dio una bocanada profunda y fue a sentarse al mismo sitio. Aurelio se quedó pensando sobre lo que le había dicho, y no bien se hubo sentado cuando le dijo: —hace tiempo que le hice una caja como ésta, se ve que ha durado—.

Trató de sonreír extendiendo los bigotes ralos que descendían por las esquinas de los labios, hizo una incisión en la tapa de caoba, jaló el formón hacia el pecho y al hacer el corte, un movimiento tembliz que transmitían las manos rebanoó el relieve, movió la cabeza en señal de reprobación y mencionó: —Con eso que ya no le atino— dejó de trajinar y volvió a decir: —Los zapatos eran para tí, los guardo por si algún día regresabas, nomás que ya no te quedan—, al escuchar las últimas palabras le ganó la risa —así es la cosa— le contestó Camarillo con una voz profunda, en ese momento se le enturbiaron los ojos. El carpintero que lo veía le dijo: —pídele los zapatos ahora que tengas familia— aguantó un poco y volvió a decir: —a propósito cómo va la cosa—.

Antonio dibujó una sonrisa que le resplandeció en la cara —el crío viene en camino, nomás que no se nota— le dijo.

—Así que vas a tener familia, eso da gusto, ya le avisaste a tu madre—.

—Deje que se le marque y le aviso— le respondió.

La plática continuó entre cigarro y cigarro, las tripas comenzaron a crujir de hambre, las gallinas se metieron a la carpintería y la vaca se echó cerca de ellos, cuando los interrumpió Atanasio Castilleja quien fue a dejar unas puertas para que arreglaran los travesaños. —¿Qué te traes?—, le preguntó Aurelio. Atanasio se paró junto a ellos, el pantalón de charro y la camisa de cuello raído se veía nejo por el sudor, se paró en una actitud matalota, se levantó el sombrero de ala ancha que traía sumido hasta las orejas, la sombra no le dejaba ver el humor, y con la voz añejada —traigo estas puertas pa' tu hijo, ayer hice la tratada, a ver si tienen compostura— le decía ajustando las palabras, se hizo a un lado y les echó un grito a los peones para que las bajaran de la camioneta. Las fueron a colocar arriba de uno de los bancos y las dejaron caer aplastando la botella de petróleo que servía para asentar las cuchillas, haciendo el disimulo los peones salieron del local y se treparon a la camioneta.

Atanasio se quedó parado apoyándose en el canto de una tira de madera, al hacer el revire, la luz le bañó la cara y fue cuando Aurelio le dijo: —Se ve que traes gusto— Atanasio enseñó una sonrisa mostrando los tres dientes —“La purriche” anda en la querencia— le dijo y volvió a añadir: —Dile a tu hijo que me urgen las puertas. —Ahí le digo— le respondió sin más ristre.

Atanasio no dijo más; cuando salía se le quedaron mirando a las piernas de horqueta que lle-

vaba en rastra. Antonio había permanecido callado y sólo volvió a la plática cuando se escuchó el ruido del motor. —Cuál purriche— le preguntó.

—Un soldado, otro día te cuento— le dijo Aurelio, quien se puso de pie y volvió a decir —ven-te a comer—.

Otro día, mencionó Antonio que extendió el brazo para despedirse, al estrechar la mano el carpintero le dijo, espoleando la voz —no dejes de darle unas vueltas a tu madre, que ya está vieja. Al escuchar el repique asintió con la cabeza y cuando estuvo en la calle se fue a paso lento agitando el polvo abrazado por el sol. Al humedecerse los labios cenizos con la lengua sintió la resolana reverberar en el lomo.

Se veían las hileras de hormigas arreándose unas a otras hacia el laberinto oscuro donde almacenan el instinto. El azul del cielo se precipita en el horizonte, mientras un cuervo agitado busca entre el monte una pluma negra para taparse el sol; lagartijas bebiéndose la sed en la punta de las piedras, con el cuello alargado, retozando la cola, rascándose la panza amarfilada con las uñas recortadas por el roce de los peder-nales. La casa de adobe con las puertas de par en par y en el zaguán las sombras tullidas con los años amontonados en la espalda, doblando el espinazo: permanecen en los bancos junto al quicio, las cuarteaduras del rostro descarapelado por las tolvaneras, los ojos astillados reflejan el desgaste de la boca, que al sonreír muestran los mo-

loncos amarillos de los dientes, los bastones atrancados en el horcón de las piernas y la barbilla como panza de lagartija, apolillándose en el borde de la empuñadura. Asoleando los calambres se veían los obrajeros que colgaron los hábitos y se fueron del brazo hasta el último rincón donde se columpian las moscas.

Antonio Camarillo siguió el camino, dio vuelta hacia la derecha, por la calle de la ferretería toreando las cabras que corrían entre las tuercas y el aceite, llegó al jardín y al pasar por la iglesia se santiguó; el recuerdo de su mujer le apresuraba el paso.

El sol de julio había tatemado los mezquites que crecían en las orillas donde se levantaron los tendajones, se detuvo en el tendajo de Chabela, "La Serrana" para remojarse la lengua, al entrar vio cómo le torcían el pescuezo a un gallo que sacudía las patas y aleteaba el hambre de las miradas que se proyectan en el cazo. Al pasar el umbral sintió la humedad que provenía del suelo apisonado, fue a sentarse en la silla de lámina que se encontraba en el rincón, y cuando tuvo entre las manos el jarro ventrudo de agua endulzada con piloncillo, le fue dando sorbos, saboreó el frío que escurría entre las paredes del gznate. Mirando hacia todos lados, se puso a echar cuentas de la última vez que estuvo en aquel sitio; fue cuando se despidió de Chabela para casarse con Leticia Alcántara, trató de hacer memoria; le vino al pensamiento aquellos días de recién llegado que conoció a Chabela, llegó al pueblo buscando a María Virtudes, ha-

bían transcurrido treinta y cinco años desde aquel día que lo cambiaron por un burro en el mesón de Santa Clara donde lo secuestró un soldado, creció en el lodazal de la vida, se fue cabalgando entre los pasajos, y en los atajos se cruzó con el antiguo administrador del mesón, le dio santo y seña, narrándole con pelos y señales el trueque con el burro manadero, se fue a tocar de puerta en puerta, hasta San Francisco del Mineral, la providencia lo acercó al nieto de Aurelio Ortiz, que lo fue lazareando hasta el portón, cuando por fin se abrió el postigo, los mismos ojos perdidos se nublaron de sal, llorando bajo el almenadro, se comieron el amor a puños.

Los bramidos de las vacas le espantaron los recuerdos, tomó el jarro y de un trago bebió hasta el fondo, atragantándose por la fuerza del chorro; con el dorso de la mano se limpió las comisuras, y de la bolsa sacó unas monedas que rodaron sobre la mesa, abandonó el local como lo había hecho el último día que le dieron a su mujer en matrimonio, a condición de no llevarla a vivir en el caserón prehistórico de su madre. El mugido de las vacas que pastoreaban en la loma, le obligaron a desviarse, atravesó el monte para recoger los animales, se fue al trote y solo se detuvo al sentir las volteretas agitándole la cabeza, fue a recargarse a un pirul. logró sentarse, y descabezando el sueño se quedó dormido.

María Virtudes al ver salir a su hijo, permaneció en la silla de mimbre, inclinándose un poco siguió escarbando, los movimientos eran acompasados por el peso del tiempo que le oxidó las coyunturas de los dedos.

Sacudió el polvo del olvido con que se entierra a los muertos; las imágenes continuaron apareciendo, asaltada por las tolveneras de los recuerdos, esbozó una sonrisa al desempolvar el último cumpleaños que le festejaron en aquel caserón de muros encalados. Ese día, la música de Cornelia y las voces desafinadas de sus padres, atravesaron las rendijas de la puerta sacudiendo el sueño, se enjaretó el vestido de lino color violeta con volantes de encaje, que hacía juego con las zapatillas de charol, las formas expresivas de su cuerpo dejaron entrever la frescura al levantar el pecho, la efusividad de los abrazos se transformó en chocolate. Cuando llegó un ramo de crisantemos, José frunció el entrecejo y endureciendo el rostro, pidió que lo pusieran en el aguamanil. El silencio torrencial que azotaba en la cocina, se vio sacudido por los montones de niños que reventaron el patio, era el ahijaderío de Ma-

ría Virtudes, llegaron aventando el portón, se precipitaron por los pasillos, pisoteando helechos, el griterío alucinado de los escuincles que merorearon la cocina descalabrando pollos, se dedicaron a realizar cantos en honor de la festejada, al armarse los juegos de la gallina ciega, y chocar entre los pilares, un torrente de risas alocadas, obligó al dueño de la casa a emprender la huída, la algarabía tumultuosa de aquellos parvularios se convirtió en manada al destrozar las hierbas, la devastación prosiguió en las camas, brincaron en los colchones hasta quedar desvencijados por los encuentros gladiatorios, el barullo de pánico arrasó con los manteles, los cuales quedaron en un estado deplorable, tuvieron que dejarlos remojando en lejía por varias semanas para quitar las manchas, las huellas de las manos cubrieron las paredes, y con el máuser en ristre salieron a la calle a fusilar conejos. Cornelia estuvo a punto de retorcerles el pescuezo cuando le apuntaron en los cuadriles, el barrunto se perdió en el segundo patio, y a pedradas espantaron las vacas prietas que dormían en los pesebres. Aquel ejército de hambre se terminó la olla de leche, los pocillos se lavaron docenas de veces; y las ubres de las vacas se veían tan escuálidas que tuvieron que pasar meses para poder llenarse.

Por la tarde se formó una romería de madres y maridos, fueron a compartir el madrinazgo, se volcaron sobre las tazas de café, esperando turno, el pan no se dio abasto, y en un alarde doméstico se consumieron dos bultos de harina, poniendo de manifiesto todo el arte de la repostería, el aguacero de manos ensopó la canasta y se

llevaron entre las uñas las moronas que yacían en el fondo, las caras de las tres mujeres cubiertas de sudor y harina parecían fantasmas con el cabello apelmazado, recibieron invitados, que no fueron invitados, aquella procesión arremolinada en el zaguán, triturando las macetas que caían pulverizadas por el apretujadero, parecían un miércoles de ceniza en el océano de la tiznazón, las palomas haciendo nido en la pelambre oscura de aquel amontonadero de cabezas, la sonrisa de María Virtudes matizada como las hojas de durazno, se repartían a granel hasta que palió de cansancio desmoronándose en el rostro.

Desde aquella ocasión, Sara Bustamante se negó rotundamente a festejar otro cumpleaños de su hija, también desde aquel día las tres mujeres se dedicaron a la elaboración de pan, los frecuentes pedidos expandieron el comercio, aparejados en el chasquido de la lengua, los caminantes se llevaron en las sacas las raciones del camino, las ventas fueron tales que para comprar los panecillos fue necesario hacer el pedido con días de anticipación.

Cuando terminó la masacre, María Virtudes salió a la calle donde la esperaba Cecilio Manceira. Lo conoció en los corredores del jardín, se encontraba arrodillada recogiendo una mariposa que languidecía en el piso, al tomarla con delicadeza, la depositó en la palma de la mano, las alas moribundas se contrajeron en un espasmo, sacudiendo la línea del destino que se dibuja en el arranque de los dedos, al sentir el movimiento del aleteo percibió un olor a mandarina, entor-

nando los ojos levantó la vista mirando la sonrisa de Cecilio Mancera, quien tenía el olor de las mandarinas, hizo el intento de pararse, no logró hacerlo porque tenía las piernas agarrotadas, el brazo cubierto por la camisa blanca se extendió sirviendo de apoyo a la mano de María Virtudes, quien la retiró temblando cuando estuvo de pie —deja la mariposa en la flor para que no se mueva— le dijo Cecilio con voz tenue; buscaron la más próxima, en tanto ella la iba colocando, él sostenía el tallo para evitar el balanceo provocado por el viento. Al dejar la mariposa, el color de las alas se impregnó en la yema de los dedos, tomándole la muñeca le fue borrando las motas azules con la esquina del pañuelo, al sentir el contacto se le encendieron las mejillas que siguieron ardiendo ese día bajo el sol, y bajo la sombra de muchos días.

Cecilio Mancera fue otro de los recién llegados a San Francisco del Mineral, era el profesor que se hizo cargo de la escuela oficial y a partir del jardín experimentó el cosquilleo que le dejaron los ojos negros que humedecieron el giro del almendro. Trazó el camino a la escuela, extendió el mapa y atravesó las calles pasando por la casa de Sara Bustamante, buscó el encuentro casual en las formas de la hija, en cada vuelta fue depositando un crisantemo en el quicio de la puerta, la primera que amaneció, recargada en el marco, Cornelia Pantoja la sacudió de un escobazo, y toda despetalada se la puso arriba de la oreja. En los días siguientes los crisantemos continuaron apareciendo, Cornelia, amaestrada en esos menesteres, infirió el destino que aquella ro-

mería floral que se encontró en el quicial de la puerta, las fue colocando en el vaso de agua que permanecía en el buró de la recámara de María Virtudes. Después fue ella quien se levantó a recoger el beso dormido, despertándolo con el roce de los labios.

Los domingos de pueblo en la misa de doce, el fervor matinal se concentra en las oraciones, parecía un lavadero de pecados, los golpes dejan magulladuras en el pecho; las hostias son devoradas en silencio mientras los ojos adormilados chorrean en el piso y al salir a la plaza se convierten en agua de limón. Al pasar por uno de los pasillos laterales del templo, aquella familia venida a menos, con el rostro levantado y cubierto con el velo; detrás de las dos mujeres venía José Camarillo, cuando la vio Cecilio con el crisantemo difuminándose en el pelo se le encrespó la piel, en el encuentro se destramparon las sonrisas; arrasaron con las imágenes y se fundieron en el altar, Camarillo alcanzó a ver cómo el rubor se deshacía en el vestido, mientras el cura Mariano Lumbreras concluía el sermón.

Al cerrarse el misal, las charamuscas entre las manos dieron vueltas alrededor del jardín, los ojos fueron preparando la imagen que se robaría el sueño.

Al término de la misa, el amontonadero se va desvalagando hasta que el templo se queda vacío, el dar vueltas y sacudir los huesos alrededor del jardín, lo señalan las baldosas erosionadas por el arrastre de la costumbre.

Los vendedores seguían eternizando el mercado al anunciar las baratijas que se exhiben sobre las mantas extendidas en el piso, los gritos desafiorados distraen a los burros que llevan los huacales atestados de loza, el griterío continúa hasta pardear la tarde; cuando las solteras solían pasear por la plaza a intercambiar miradas sin la vigilancia extrema de los padres. Las cartas y los manojos de rizos de mujer se pasan de mano en mano, en ese intercambio de sueños empapados de agua florida que cargan el aire de perfume, opacando el olor del pasajo de los burros.

Cuando la tarde se pierde en las siluetas del lomerío, las sombras envuelven a los árboles y el jardín queda en silencio, mientras los ojos alucinados permanecen despiertos sacudiendo con las pestañas las nublazones que descienden por los párpados.

Al día siguiente cuando se terminaba la clase, el camino de regreso era un pálpito de esperanza al pasar por la ventana de hierro forjado, el corazón se detenía al ver el plumero sacudiendo el pretexto en la base de cantera. Al principio ella lo veía pasar por una pequeña abertura, después con el postigo a medio cerrar, y por fin con las puertecillas abiertas en todo su esplendor; lo veía con la sombra de las pestañas de un negro infinito agitándose en la emoción.

Al aproximarse a la ventana con el paso entumido, Cecilio se alisó el pelo, y limpiando el sudor que le bañaba la frente, volteó hacia donde los ojos languidecían, la mirada sonámbula atra-

vesó la penumbra del cuarto al través de los barrotes, sacudiendo el arco de las cejas, que temblaron junto a los muros, cuando aquel remolino se convertía en brisa, continuaba de largo hasta la casa de Rosalía Torres donde le dieron hospedaje. Aún con el latido turbado se introducía en su cuarto y se tiraba en la cama, la dueña de la casa le llevó cada día una taza de café. Rosalía Torres una mujer milenaria, ofició el profesorado hasta quedarse ciega, cuando se le tulleron las piernas abandonó el pizarrín en el armario, cerró la caja de gises, y se fue a la poltrona a esperar la hora de nadie; sólo la venida del profesor Mancera y el titipuchal de alumnos que invadieron la casa para recoger tareas le desagonizó el ánimo, volviendo a las andadas y con el hilacho de la escoba atajó las ardillas.

En los macetones del patio, se revivió el doméstico jardín, resucitaron la casa, la humedad de la hojarasca se impregnó de los perfumes que asomaron en los roperos.

Los encuentros a escondidas y la complicidad de Cornelia se fueron sucediendo, la luminaria continuó atizando el corazón al verse en las tiendas, cuando iba a la compra de harina, a la hora del recreo, al pasar por la ventana bajo el sol del mediodía se incendiaban los dedos al tocarse por los barrotes.

El día del cumpleaños, al terminar de levantar las montañas de basura, fue a sentarse junto a la puerta bajo el cielo centellante de minúsculos puntos que enamoraban a los grillos, en esa

confabulación de la noche, cuando las estrellas les cierran un ojo. José Camarillo regresó de los llanos de Aguagorda a donde había ido a espantar zopilotes, la figura seca se confundió con los postes clavados en las sombras; se quedó trabado al verlos con las manos entrelazadas, parecían pájaros aprisionados entre los dedos, el roce de los labios consumiendo la noche provocaron un rechinadero de dientes en José Camarillo, se le erizaron los pelos, los ojos enyerbados se atascaron de una ferocidad luciferina que aterrorizó la calle, aquel ventarrón furibundo, obligó a la separación de las manos que temblaron ante la presencia inesperada del padre de María Virtudes, quien se atragantó el cigarro y al lanzar un escupitajo por poco se arranca la lengua que se estiró más allá de las narices; tenía la mirada torva cuando dio unas zancadas de miedo, e hinchándose de coraje, con el torbellino entre las tripas, se perdió en el excusado.

Al terminar le quedó el rostro desfigurado y la mirada demente; se metió a la cocina, agarrando los panecillos calientes los arrojó al piso despedazándolos con la suela de las botas, armó una rejolina y de cabronas alcahuetas no bajó a Cornelia y a Sara, aquelapestadero que le escurría de entre la boca se fue apagando y al sentarse en la silla logró apaciguar el jadeo.

Tomó decisiones amenazantes, dictó medidas inquisitorias y estuvo a punto de encerrar a su hija a piedra y lodo, sólo la intervención de Sara logró calmarlo, ofreciéndose para acompañarla a cualquier lado.

Cecilio Mancera buscó los medios inimaginables para verla. Los días que el padre se dormía primero que las gallinas, le untaba manteca a los goznes para que no se escuchara el rechinado, aquellos encuentros furtivos no pasaron desapercibidos, y la aldaba se remató con un candado.

La flor continuó apareciendo entre los barrotes de la ventana sellada, hasta que dejó de aparecer.

Un día, José Camarillo le ordenó a Cornelia que abriera las puertas para que se airearan los cuartos. Los últimos pétalos se fueron secando entre las páginas del misal, la casa de Rosalía Torres se aquejumbrió, crecieron las malvas, la cama permaneció tendida, el vaso de leche se quedó intacto en el buró, un libro de poemas abierto a la mitad, el ropero conservó la ropa junto a los libros, el lápiz con la punta recién sacada no escribió más.

María Virtudes fue a buscarlo, se le acabaron los nudillos sin que le abriera la puerta, lo buscó en la escuela y nadie le dio razón, los alumnos siguieron esperando ese día, la semana siguiente. Ella abrió el escritorio tratando de encontrar algún indicio, sólo una libreta de apuntes donde estaba escrito en la primera página: María Virtudes, y entre las hojas los pétalos amarillos en la flor que él había tomado del ramo ofrendado a la Virgen de Mayo.

La ausencia del profesor, obligó al presidente municipal a determinar el cierre de la escuela hasta el próximo reemplazo.

El recuerdo se quedó iluminando el corazón erosionado y el sueño de amor se convirtió en un río de llanto que se bebió la almohada. Los domingos después de la misa, solía ir al mercado a comer mandarinas, por las tardes continuó haciendo panecillos que tenían el sabor de la melancolía.

Al paso del tiempo la naturaleza le siguió re-
tozando el cuerpo, la sensualidad natural de todas las mañanas le tornearon la cintura y al golpe de los días cincelaron las formas de yegua se-
mentera.

José no volvió a conciliar el sueño, rumiando entre los despeñaderos del insomnio se restregaba los ojos, paseando de un lado para otro como un leño entre la ciénega, dando manotazos en el lodo. Sara Bustamante con la mirada ensombrecida, lo veía deambular alrededor de la cama. Las ojeras en aquellos rostros preocuparon a Cornelia, quien continuó regando la calle para colocar la mecedora de bejuco donde iba a sentarse el dueño de la casa, quien permanecía toda la tarde espantando moscardones, se acomodaba el barbiquejo para levantar el ala del sombrero. Después de meditar un poco lanzó unos gritos despostillados para llamar a María Virtudes diciendo que le llevara sal, ella salió de la cocina donde horneaba el tiempo, corría atravesando el patio con el polvillo blanco envuelto en papel de estraza, al llegar, depositó los montoncillos de sal en el plato de barro que se encontraba en la mesa junto a la pared. Al dar vuelta para retirarse, la mirada matrera de Camarillo le recorrió el

cabello de viento, bajó despacio como nadando en el lago delirante de la espalda, siguió navegando en el mar de las pantorrillas. Al perderse María en la penumbra de la cocina levantó la copa, le dio unos sorbos que le sacudieron las grietas de los labios, se limpió con el puño de la manga, al momento sentía el bullir de la sangre agolpándose en las sienas, el corazón desbocado echando tumbos se fue por el camino de otros años, despabilando las canas adormecidas que le hirvieron en la cabeza.

Cuando murió Melquiades Delgadillo debido al patadón que le propinó una vaca prieta descuajarándole los sesos, Cornelia quedó inconsolable en un estado de lamentación, con los ojos secos, a pesar de que su marido vivía en el monte pastoreando ganado, élla lo había querido con toda la frondosidad que le permitieron las manos. Las borracheras constantes los fueron descoyuntando, el aguante se marchitó por la falta de lluvia en las orejas. Le fueron a avisar que una vaca había destroncado a su marido, la voz de la mujer dejó escapar un suspiro y alcanzó a decir: —qué calamidad—.

Se puso a tejer una carpeta para cubrirle el cráneo donde chapaleaba la masa desmemoriada. Celebraron las misas con rigurosa exactitud de nueve días. Desde ese momento, hasta que murió picada por la espina de una flor permaneció en la casa; los años se le echaron encima, se hizo vieja, tejiendo manteles y cerniendo harina, alimentada por el amor de María Virtudes soportó en silencio la actitud corajuda del dueño del caserón, apechugó las injurias despernancadas, consolándose con la guitarra que se apolilló en la pa-

red. Cuando las plañideras se acabaron el llanto y se desenlutaron los ánimos, las calenturas le volvieron a José Camarillo.

Sentía una bola en el pescuezo que se le atoraba por el cuello almidonado de la camisa comprimiéndole el resuello, las oleadas de vapor estrujaron el cuerpo de morillo atosigado, las ansias contenidas le fueron agriando el genio, parecía un coyote al acecho, afilando las uñas, esperando la oportunidad para lanzarse sobre la yegua tierna que regaba los tiestos, el furor desmedido agitando las vísceras; le causaron un desafuero que le envenenó los ojos, el estado incandescente lo atormentaba en la mecedora, no se explicó el vuelco de los sentimientos que se embadurnaron de celos desde aquella noche que la vio con Cecilio Mancera, el temor alucinado de perderla lo estremecía en el pantano de la obsesión, los celos fantasmales le demolían el sueño, figuras galopantes lo persiguieron por toda la cama, y desde entonces no la dejó ni a sol ni a sombra.

María Virtudes se quedó con las manos cruzadas para cubrir el temor que le estremecía el pecho, el tiempo se encargó de sepultar el último recuerdo, se dio cuenta al dejar de comerse las mandarinas. Siguió frecuentando a las antiguas compañeras de la escuela, participó en las kermesses y continuó enseñando el catecismo; por un tiempo la severa vigilancia de su padre se hizo sentir, al verlo agazapándose en los troncos de los árboles, mientras ella iba sintiendo que el latido acompasado volvía al cauce de la vida.

Guardó el antiguo misal en la petaquilla, se

fue a caminar entre las veredas donde florecían las chaquiras, recogió los ramos de nubes, y comenzó de nuevo a reir con los pájaros que se escondían entre las bugambilias, aquella catarata de risa la fue envolviendo en una transparencia donde brilló la edad de merecer; al paso de unas horas se transformó en el panal de los garañones desafortados que cayeron en el pueblo.

Aquel enjambre la siguió por las banquetas, la buscaron en el rosario y se hartaron de pan. De aquel diluvio despuntó Natividad Bárcenas, con la penca de amor atravesándole el corazón, se pegoteó en las celdillas de la miel, después de haber descuartizado a cuánta mujer se acomodió en la cocina. Un día se levantó rastreando los olores del jamoncillo que se vendía en la kermess, el jolgorio comenzó en el jardín donde celebraban las fiestas de diciembre, con el sombrero ladeado y el bigote relamido se dirigió al puesto donde se encontró a María Virtudes, al acercarse, el tufo del alcohol la hizo retroceder y con la voz estropajosa exigió que le vendiera el cerro de jamoncillos, tratando de llevarse la vendimia, la vendedora se negó. Natividad con la ira emborrachada chacoteándole los ojos, se alejó no sin antes arrojar verdolagas podridas, se fue por el caballo alazán y regresó con los belfos dilatados, rebanando las pezuñas que sacaron chispas, al jalarlo de las riendas, estiró el freno atravesado en el hocico, quitó la cinta de cuero que sostenía la reata, pajueleándola en el aire inició las suertes, disparó el lazo que abarcó el puesto, espoleó al animal que se encabritó al sentir las puntas acerradas clavándose en el pellejo; y a cabeza de si-

lla se llevó arrastrando el puesto de madera con las tiras de papel de china curveándose en el viento; el griterío de las mujeres y el alboroto alcanzaron a tumbar las ollas de atole, la ristra de gente continuó persiguiéndolo, arrojaron zapotes al caballo, hasta que tumbaron al jinete de un botellazo en el lomo; a punto de lincharlo logró escabullirse entre la puerta de la cantina donde fue imposible sacarlo. Al terminar el festejo, salió de aquel lugar con una guitarra al hombro, se dirigió a la casa de muros encalados, junto al portón le rascó a la guitarra hasta el amanecer, al otro lado de la puerta, con el máuser atravesado entre las corvas, se mecía una sombra en el zaguán.

El día fue clareando y el bullicio de los animales se extendió por las calles terregosas, la obscuridad comenzó a deshacerse en las faldas del cerro, donde bajaron los peones siguiendo la vereda que se dibuja antes de llegar al pueblo. Por el camino se alzan las cercas de nopales y los montones de jigüite donde se mean los perros que acompañan los pasos; la buena de Dios se intercambia en los recodos cuando unos van y otros vienen. Mujeres limpiándose las lagañas, salen a la calle a barrer su parte, antes de irse al molino a llevar el nixtamal.

Un grupo de macheros venía de Aguagorda, y al pasar por el portón de mezquite vieron a Natividad que traía una parranda farragosa buscándole los pelos al diablo; lo encontraron sentado en la banqueta con la espalda recargada en la pared, sobre las piernas extendidas la guitarra con

una sola cuerda a la que continuaba rascándole; las demás se habían reventado durante la noche.

Al sentir que lo cargaban disparó un guitarrazo que se astilló en el marco de la puerta, en el giro se fue de bruces —ya se partió el hocico— mencionó uno de ellos, y aprovecharon la caída para echarle mano, lo agarraron de patas y manos y en andas se lo llevaron a su casa. En el camino le fueron diciendo —Andese con cuidado patrón que se lo puede llevar el carajo—.

Conocían la fama del dueño de aquel casecón, sabían de los rumores de haberse quemado a más de cuatro sobre los trenes descarrilados.

Por la tarde Quintín Bárcenas junto con su mujer fueron a pedir disculpas de los extravíos de Natividad, —Qué, ¿le gustó la paloma?— les dijo Camarillo cuando los vio entrar —Todavía está muy tierna pa'l comal—, les volvió a decir, Quintín Bárcenas, hombre cerrero, del cual se decía que dejó hijos regados en Santa María del Río, en Ojuelos y por todas partes donde se le causó el caballo, cuando miró la flor húmeda por la que penaba su hijo, se le alborotaron los ojos, las piernas de yegua sementera lo dejaron desde ese momento con una herida mortal, la perversión alucinada por aquellos pechos silvestres que le calaron hondo, salió de la casa agonizando por aquellos ojos como pedazos de la noche que lo dejaron jodido.

Las visitas se hicieron frecuentes, entabló plática y entre sorbos de mezcal, se enteró que esta-

ba al borde de la ruina, la casa hipotecada, el sabor del juego y el olor de los panecillos acompañados de café humeante que mojaba los labios de la mujer de pechos redondos, que se convirtieron en la tentación para realizar las visitas; al despedirse de mano, le daba un ligero apretón con el pulso acelerado. Al caminar por las calles, hacía el intento de disimular la turbazón con una sonrisa desmirriada.

Así fue conociendo las andanzas de aquella familia, indagó en los más íntimos detalles, conoció de las drogas del juego, arrasaba con la producción del pan; y poco a poco se convirtió en la sombra de José Camarillo, los viernes hizo costumbre de quedarse en la cantina hasta el final haciendo plática, le preguntaba como escarbando.

—Por ahí cuentan que usted era casi dueño del pueblo.

—No lo contaron mal— señaló José.

—Qué me dice de la hacienda.

Nomás los terrenos quedan, don Quintín.

—Dicen que el gobierno lo tiznó a la mala.

Sin dar respuesta frunció la boca forzando la sonrisa. Quintín Bárcenas le sacaba la plática como quien iba arreando mulas, mientras José le contestaba más de a fuerzas que de ganas.

—Que le parece si nos echamos una baraja— le volvía a decir.

—Deje que engorde el gallo y nos la echamos.

Aprovechaba al máximo la única noche que José asistía al salón, ya que había abandonado el hábito de presentarse el resto de la semana, acompañándolo hasta su casa y a cualquier hora se hacía el encontradizo con la hija. Se rasuró la barba y dejó de atrabancarse en la comida para bajar la panza descomunal que le colgaba de la correa; con el corazón desmigajado se puso a trenzar el camino.

Muy de mañana Cornelia se iba a ordeñar las vacas y María Virtudes detrás mirando cómo salía el chorro de leche; al levantar el pezón de la ubre, Cornelia le arrojaba el chisguete en la cara, desbordándose de risa mientras la vaca con la brocha de la cola se espantaba las moscas.

La risa fresca de María Virtudes fue creciendo y la cicatriz se borró a fuego lento, desempolvó el corral de los suspiros, abrió las puertas por donde entraron los colores, la tela vaporosa del vestido fue el filtro por donde atravesaron los rayos que deshicieron el hielo de la piel. El pelo se agitó en el aire, y se limpió el surco de las lágrimas con el agua donde se precipitó el cielo. Los cinco años que pasaron desde que cerró el misal, fueron más que suficientes para sepultar el nombre que había escrito en el tronco del almendro.

Los sábados por la mañana comenzó a levantarse más temprano que de costumbre haciendo cabriolas y abrazando a Cornelia, salían al molino con la cubeta de nixtamal, caminaba entre el viento de la mañana y sacudía de entre las hojas

las gotas de rocío para despertar los pájaros, se paraba en la banqueta para esperar a Cornelia que iba arrastrando el nixtamal, aquel sábado caminaron por las calles solitarias hasta el molino donde hicieron cola, dejó entre la fila a Cornelia esperando turno, mientras le decía que iba a visitar a las Careaga, antiguas compañeras del colegio de la señorita Rosalía. Se fue andando, volteaba con sigilo hacia todos lados a pesar de saber que su padre continuaría durmiendo hasta el mediodía. Miró hacia todas partes mientras aceleraba el paso, y al doblar la esquina emprendió la carrera metiéndose entre los restos de la puerta que conducía al solar donde se encontraba una tapia salitrosa, con el corazón agitado llegó al encuentro de Nicolás Perea, el aguijón le había vuelto a atravesar el alma sin ninguna conmiseración, empolvando el último recuerdo que se fue perdiendo con lentitud. Aquellos encuentros a escondidas fue un secreto que guardó con ardor inquebrantable, lo guardó por el miedo a su padre, aún le retumbaba en los oídos la voz de piedra, repitiéndole que si la volvía a ver con otro sería capaz de todo. Aquellos encuentros no los compartió con nadie, a pesar de que aún sentía el peso del golpe que le descargó en la mejilla.

El torrente de la naturaleza contenida en aquel océano de amor, se hizo tormenta chocando entre los peñascos del corazón, con una fuerza interior que se reflejó en los ojos cafés de Nicolás; el tiempo que se veían era tan escuálido, que al despedirse aún no se reponía de la palidez que le blanquearon los labios al doblar la esquina.

Esperaba el fin de semana con la emoción

partiéndole el pecho, contó los días, las horas, para que llegara el sábado, con los labios temblando por el beso contenido que se deshacía furtivo entre la nopalera, regresaba corriendo hacia el molino donde Cornelia aún seguía esperando turno para moler el nixtamal.

Micaela Tejada, la viuda de Perea, se enteró por su hijo de los amores con María Virtudes, un presentimiento de angustia le persiguió por todos los rincones, también conoció de los rumores que se dijeron sobre las fechorías de José Camarillo, con la cruz auestas rezaba por su hijo al escuchar los suspiros que salían por la ventana, cuando no podía más con aquel peso le pregunta a Nicolás:

¿De cuánto hace que miras la muchacha?

—Ya tiempo— le contestó.

—¿Y no piensas que esto puede traer ristre?—

—Ahora no pienso, madre—.

—Vas a ver el trajín que se va armar cuando se sepa—.

—Ya lo sabremos, quien quita el tiempo pase y no haya bola.

Sin hacer caso se fue al corral, ella continuó suplicando que buscara otra mujer que no fuera la hija de aquel hombre.

Nicolás la había visto en la iglesia donde restauraba las imágenes, la conocía de tiempo, des-

de que comenzó a pintar los cuadros en la sacristía, la vio pasar, sin que ella lo mirara un instante, nunca le había dirigido la palabra hasta una ocasión en que se le resbaló la pintura entre los pliegues de la falda, se quedó azorado mirándola brincar sacudiendo el color que se fundía entre los colores cálidos del vestido, ante las risas y el escándalo de los alumnos conversos; la mirada de Nicolás pasó del estupor a una benevolente carcajada, le contagiaron el encanto que yacía en los pinceles y el rosa de los labios también se matizó, días después la línea de la boca se dibujó con el dedo, atrás de la tapia, perdidos entre los nopales. Nicolás compartió con su madre aquella pasión que fue creciendo entre las ruinas del solar; sumergido en la expresión sacerdotal, lo mantuvo a salvo de cualquier suspicacia, lleno de fe pensó en casarse con ella, el deseo fue compartido con Micaela, que no tuvo más remedio que amansar el miedo, y entre los dos se dedicaron a engordar una tercia de animales para comprar el ajuar de la boda.

Natividad Bárcenas seguía siendo flaco de entendederas, con el alma retorcida, vivió atormentado desde el momento que no le vendieron los jamoncillos, continuó buscando a la flor con el rejón clavado, al encontrarse le lanzaba piropos encendidos, ella seguía de largo atravesando el aire que le recogía el pelo, con la mirada perdida en el fondo de la calle. La indiferencia de la muchacha le provocó el coraje que le quemó el costillar, la seguía con la mirada pegajosa, aquella rica venida a menos que continuaba caminando con la mirada en alto.

Era del dominio popular aquellas dolencias amorosas, Natividad se iba al bebedero donde llegaban en tropel los parroquianos a tomarse la copa, y ya ebrio comenzaba a desempacar sus cuitas llorando a moco tendido, lamentándose de todos los desaires que le hacían aquellos muertos de hambre, a pesar de haber buscado por todos los medios acercarse a María Virtudes, le mandó flores, hasta un becerro que regresó intacto, lo que atizó el volcán a punto de reventar. Desempeñando el camino para arrojar la avalancha que se iba cocinando en el mostrador de la taberna, aferrándose a la prenda. Los ojillos vidriosos se movían relampagueantes, cuando la punta del rejón le seguía picando el orgullo, caminaba de un extremo hacia otro con el paso cascorvo, empeñado en la yegua sementera.

José Camarillo siguió medrando con ojos febriles, gritaba por cualquier cosa, su mujer justificándolo en una forma pueril, no alcanzó a entender el remolino que comenzó a agitarse con aquellas ventoleras. Tratando de comprender las expresiones desplumadas de su marido que parecía un burro silencioso, comiéndose la flor sin humedad. El hombre al ver aquellos pechos que embestían la imaginación, corría a abrazarla acariciándole el cuello con el temblor entre los dedos y la palma sudorosa resbalando por la nuca; la tomaba por la cintura con la respiración entrecortada. A Cornelia le causó una sensación extraña el cambio, aquella eterna frialdad de carácter cerril, que ahora se tatemaba de emoción, tratando de aparecer atribulado ante los demás al no encontrar a su hija, interrogó por las ami-

gas, registrando el tiempo de la ausencia; quería estar enterado de todos los movimientos.

El primer jueves de noviembre después de cenar, se quedó en la cocina comentando los males, ese día Sara se atrevió a decir que ya era tiempo de que su hija se casara, él la fue escuchando hasta que la respiración se hizo farragosa y le respondió —En este pinche pueblo no hay partidos, déjala que viva y después ya veremos— salió con el pellejo pálido y frío, dirigiéndose a su cuarto; al acostarse comenzó a despuntalar el bigote; se le espesó la sangre y se le agitó el cuerpo al recordarla desnuda.

La vio cuando se estaba bañando, con el agua escurriéndole en la piel, las gotas palpitando en el velo de las pestañas, el jabón deslizándose en el vello crespo bajo la cruz del vientre y los pechos al aire como alas de mariposa, cuando le miró los muslos, se le aflojaron las corvas, ella fue separando el pelo que caía por las mejillas y al quitarse la espuma de jabón, vio con temor, la figura clavada en el piso.

Camarillo alcanzó a descargarse, dio media vuelta y sin decir nada salió del baño cerrando la puerta, tenía sed, una sed insaciable, ese día con una lujuria descomunal se volcó en el amor de Sara en una ferocidad de pánico. Permaneció despierto durante la noche, pasó varios días sin dormir. Al ver a María Virtudes sentada en el pretil del pozo con su vestido rabón, veía en ella la imagen de su mujer cuando contaba la misma edad, era la imagen viva de Sara; descubrió que

tenía celos añejados, distintos por la conmoción de los años perdidos, que lo habían trastornado, algo distinto a lo que sintió por su mujer y a la vez semejante, los celos estallaron cuando la encontró con Cecilio Mancera, quien a los pocos días desapareció sin dejar rastro, no hubo reclamo, se perdió y nadie supo de él, nadie dijo nada; sólo Melquiades compartió el secreto que se había llevado al cementerio cuando la vaca lo dejó difunto.

Fue descarapelando el camino, con el alma en desorden, le metió una horquilla a la chapa de la puerta que conducía a la alcoba de María Virtudes, originando que la hoja se quedara entreabierta. Antes de irse a la cantina, se paraba junto al marco, la veía desnudarse cuando se iba a poner el camión de dormir. Al escuchar el ruido en la cocina corría de puntas hasta el portón, lo había hecho casi todas las noches que se iba a espiar, mirando por las hendiduras y al escuchar algún ruido se escondía entre los helechos del zaguán, abría la puerta y después de golpearla se retachaba haciendo retumbar los pasos, en señal de regresar de la calle.

Se fue a la taberna hasta que le chifló el cerebro y cuando creyó que había sido suficiente para darse vuelo, se regresó a su casa, al llegar apagó la luz de los pasillos, caminó apoyándose en los muros, pensando que la hija dormía en el cuarto más próximo con la puerta emparejada, presionó titubeante sobre la hoja de madera, deslizándose entre las sombras, tentaleando fue hasta la cama donde supuso que dormía, se quitó la

ropa empapada de sudor, al sentir el borde del colchón se metió entre las sábanas, fue extendiendo el brazo; la mano como serpiente se iba deslizado con lujuria demencial, hasta tocar una piel áspera y arrugada, lleno de coraje, se le escurrió la voz, —¿Quién chingaos está aquí?— —Soy yo— Dijo Cornelia, que se había quedado dormida cuando fue a despertarla para que fuera con Sara a untar los moldes con la mantequilla. El hombre se levantó asegurando el trastabilleo; al acomodar la ropa, y con las ganas reprimidas, exclamó: —Me equivoqué de cuarto—.

—¡Viejo cabrón, bien sabía a donde iba a meterse!— Pensó Cornelia. Cargando las botas se fue descalzo hasta el dormitorio. Sara Bustamante llegó un rato después; se acostó sin desvestirse. Por la mañana Camarillo se levantó temprano y se fue a la Hacienda de Gallinas; no regresó hasta el día siguiente con un frasco de agua florida y un jabón para pintarse las canas.

Por la tarde siguió amortajando el cuerpo en la mecedora de bejuco; los pretextos sobraron para que lo atendiera la hija. Cerrando los ojos, el recuerdo de Cecilio Mancera le complacía, al clavar los tacones en la tierra, le vino a la memoria aquella noche que Cecilio anduvo rondando la casa, lo estuvo esperando con el marido de Cornelia; emboscándolo detrás de las ruedas de la volanta, al pasar le ensartaron las patas con el gancho para atrapar gallinas, de un jalón voló por los aires cayendo al suelo con la cabeza tronchada; quedó tendido, de inmediato le amarraron

las zancas y al anudar la reata en la silla de montar se lo llevaron en rastra por toda la calle, al golpearse la espalda le provocó un miedo que le erizó la lengua, lanzó gritos aterradores, y al llegar a la bocacalle lo molieron a palos. Descargaron los golpes con una ferocidad sin límites, Camarillo lo golpeó entre las piernas hasta reventarle los testículos; le deshizo el rostro dejando una masa deforme, con las costillas hechas polvo. Los gritos se perdieron entre las sombras, las puertas se mantuvieron cerradas; pensando que el griterío era de algún borracho arrepentido.

Lo atravesaron en el lomo de la mula; juntaron los pies con las manos bajo la panza del animal, cuando estuvo bien apretado le dieron un navajazo en los flancos traseros de la bestia, que lanzó un relincho y salió encarrerada con la sangre escurriendo entre la cola, se perdió, nadie supo. Según dijeron después, que se había ido; robándose unos animales.

En las fiestas de diciembre, los lugareños bajaron en romería, el cura Mariano Lumbreras organizó un fiestón idílico, distribuyendo los carros alegóricos a las rancherías cercanas, que se peleaban por el primer lugar en los fuegos de artificio; la pólvora de los cohetones arrojando chispas, los amontonaderos de puestos, los pasillos del jardín abarrotados de gente, la proliferación de las bebidas en todos los jarros dejaron en las calles el dolor de la cruda. El padre Mariano tenía que vérselas al pasar por la cantina con las puertecillas de rejas colocadas a la mitad del marco, cuando la ebriedad del mundo se concentraba en aquel cuarto tabernero, al pasar aquel hombre desde adentro sólo se veía de la cintura para abajo, los gritos emborrachados se despeñaban en la puerta, era una luminaria de piropos para el cura faldillón. Esos días llegaba a la sacristía con las tripas enroscadas cagando lumbrera, en el sermón vociferaba a más no poder contra las cantinas, los cantineros, los borrachos muerteros, lanzando todas las penas del infierno que fueron mareadas con el tufillo de mezcal.

Después del rosario, aquel hormiguero de gen-

te donde se mezclan hombres y mujeres alrededor del jardín, las mujeres daban la vuelta regalando miradas que recogían los garañones al dar vuelta en sentido contrario, saboreándolas entre los puños de pinole y las cazuelas de camote. El aire se llenó de olor a pólvora y estiércol, la humazón de las lámparas de aceite en la mesa donde se juega a la lotería, buscando la suerte de encontrarse los ojos atravesados por las jaras.

El sacristán movía el badajo anunciando la primera llamada, el padre Mariano Lumbreras salió a toda carrera de su casa, tuvo la intención de rodear por abajo de la banqueta para no pasar por la puerta del cantinajo donde salían los gritos derrengados. El piso de aquel bebedero se encontraba en declive, en el rincón del extremo de la puerta el hoyo que servía de miadero y por la inclinación del suelo se escurría un hilillo aguado que salía hasta la calle, al pasar por la acera, caminando derecho como vara de membrillo y prieto como birote requemado, se resbaló con el miadero y cayó de culo pegando con la cabeza en el filo de las puertas que se abrieron a plenitud, al dar el ramalazo, lanzó de gritos, —Cabrones, váyanse a mirar a otra parte— el jardín se paró llevándose los dedos a la boca, al ver las puertas abiertas y las piernas chapaleando entre la sotana que se revolcaba en el suelo y las madres a destajo, —miren nomás al padrecito— exclamaron las voces.

El cura se levantó con los ojos brillantes del coraje, se fue renqueando por haberse torcido el pie, —Mírenlo, va haciendo cuatros, continuaba

la voz en la banca del jardín. Al llegar a la iglesia no quería decir el rosario, mandó por otra sotana y le contestaron que se estaba remojando, así que no hubo cambios, tuvo que salir oliendo a orines, —Anda pedo— señalaron los fieles. Aquel acontecimiento se regó como pólvora y fue el festincillo de todos los puestos.

En el salón de juego cada quien se santiguó por si las dudas, cuando llegó José Camarillo, Quintín se encontraba tallando la baraja con cierta torpeza, disimulando la maestría del antiguo tallador de ferias; se retiró cuando le metieron un balazo abajo de la ingle, y se dedicó a la venta de ganado, compró terrenos, amasó fortuna desde antes de afincarse en San Francisco del Mineral, así que sabía el teje y maneje de los secretos del juego. Comenzó por azuzar a José, quien traía los pocos dineros de la venta de dos gallinas cluecas, Quintín lo siguió calando, hasta que entró al juego, el viejo tahúr inició un juego taimado, comenzó a perder, hasta que se dio por vencido perdiendo tres mil pesos, —Hoy no traigo suerte, si quiere mañana me da la revancha—, —Se la doy— le contestó Camarillo lleno de ganas.

—No se rajará don José— volvió a decir Quintín Bárcenas, pajueleando la voz.

—Yo soy de una sola palabra— le regresó el chicoteo.

José no cabía de gusto y se fue con las manos entre las bolsas atesorando el dinero. Al día si-

guiente fue a comprar dos vestidos rabones a María Virtudes, para que estrenara en la procesión de la tarde. Se quedó toda la mañana escogiéndolos, los midió de arriba abajo, uno de ellos descubría los hombros, después le compró unos listones para que se adornara el pelo.

Escogió aquellos vestidos embaucado por las costumbres que trajeron las hijas de los ingenieros y las hijas de los doctores que llegaron de la capital a la provincia. Y le siguió diciendo —es nuevecito— para que lo luzcas en la procesión de la tarde.

El resto del día fue la locura en aquella casa, se terminaron el jabón de olor, en las calles era un mar de gente que olía a incienso y parafina. El pueblo se hacinó en la orilla del poblado de donde partiría la cera, las calles se inundaron de banderitas de colores, se regó el piso, las flores adornaron el dintel de las casas. La fila comenzó a dar los primeros pasos, las mujeres de los principales despuntaban en la fila, las sirvientas detrás y el resto del pueblo, hasta el mero fondo embozadas con el rebozo de todos tamaños, los carros alegóricos, con las niñas vestidas de vírgenes, los Juanes Diegos de diez años con las caras tiznadas, escenas bíblicas reproduciéndose en los entarimados arriba de los camiones.

María Virtudes se sumó a la procesión en la primera fila llevando entre las manos un cirio monumental, con la mirada virginal buscó hacia las banquetas, vio a lo lejos parado en la esquina a Nicolás que la veía con los ojos enchinados de

gracia, la mirada de la caminante se clavó en aquel punto, parecía una virgen de ojos negros. Los parroquianos que permanecían en la acera se le quedaban mirando como queriendo rezar. También la vio Natividad, se quitó el sombrero y se metió entre los penitentes, llevando un clavel rojo, al acercarse lo introdujo entre la curvatura del cirio y el calor de las manos de María Virtudes, quien aún permanecía con la mirada perdida en la figura que continuó parada al fondo de la calle; Nicolás Perea también la veía y cuando la procesión se iba acercando, caminaba hasta la esquina siguiente y volvía a pararse mirándola caminar con el cirio encendido. Ella participó en todas las procesiones del novenario para ver a sus anchas a Nicolás Perea. Al percibir el tallo del clavel que surcaba el cirio clavándose en la parafina, volteó asustada encontrando la sonrisa de Natividad Bárcenas, enrojeciendo de vergüenza bajó el rostro, él se dio cuenta de aquel sonrojo, el rostro altivo se inclinó sin decir nada y Natividad se fue retirando hacia el extremo de la calle donde le esperaba Martín López, la “Liebre”.

Cuando María Virtudes alzó la vista ya no encontró a Nicolás, quien dejó la esquina vacía. Se fue con una espina clavada al ver que ella no hizo ningún intento de rechazar el clavel, que siguió clavado en la vela descomunal. Se fue a su casa pensando en Natividad, sabía de las mañas que utilizaba para enamorar mujeres, conocía el rumor de la cocina, y estaba hasta la coronilla de las habladurías que sembró en la cantina. Se daba cuenta que su padre era uno de los

hombres más ricos del pueblo, era dueño de la gasolinera; aquella tarde se quedó dormido en el desorden de la meditación, echó cuentas de los miserables tiliches que formaban el patrimonio. Trató de leer durante la tarde siguiéndose de jilo, a través de la noche, dando vueltas a las hojas, cuando Micaela llegó, le daba vueltas y vueltas al libro como si le sacudiera el polvo. —Ahora, cuál es la pena— le dijo al quitarse el rebozo negro que fue doblando con lentitud y lo depositó en la gaveta, al terminar se fue a la cocina por el istafiate, cuando pasó por la maceta que se encontraba bajo la jaula del canario, arrancó unas hojas de yerbabuena y se las fue masticando. —Es el trabajo— le contestó Nicolás a grito pelado.

Al terminar la procesión la caverna del juego se llenó a reventar, al igual que todos los bebederos que se improvisaron por las calles alledañas a la plaza, se hincharon de gente que venía de todos los rincones donde crecían los arbustos, los tronidos de los cuetes y las voces aflautadas de los vendedores de cañas se escuchaban hasta la mesa de juego.

Quintín Bárcenas perdía en la baraja comiéndolo unas inocentadas que hacían pensar a José Camarillo, —qué pendejo es este hombre— logró ganar sesenta mil pesos. Cuando llegó uno de los macheros le fue a avisar a Quintín que su hijo andaba haciendo despelotes. —Ai te lo encargo— le respondió y dirigiéndose a José que no cabía con el fajo de billetes, le dijo —le doblo lo que tiene a una sola carta— no meditó la respues-

ta que se desbocó entre los dientes, —trataremos de doblarla—. Y sacando la carta, perdió todo —Ahorita regreso— mencionó José y se fue directo a su casa dando enormes zancadas, llegó aventando las cachibaches, —puras porquerías de mala muerte— comenzó a decirle a su mujer que nada más lo veía, la víspera le había dado mil pesos, por lo cual estaba más amansada que un caballo moribundo.

—¡Pura cosa de mala suerte, puros telebrejos!—. Ella permanecía en silencio nada más escuchando la voz cascada de su marido, quien en ese instante vendió el aguamanil, el tinajero, la percha, el chifonier, el secreter de Sara, el rodapié, las carpetillas de hilo, el clavijero del zaguán, se llevó hasta una reproducción de Murillo que estaba en el comedor, lo único que se salvó fue la olla del agua, unos jarros y las tres sillas, —hay qué deshacerse de todo ésto, le siguió diciendo y después te ajuareo con algo mejor—, le decía, mientras dejaba pelonas las recámaras, la cocina, el comedor y la sala.

Le temblaron los dedos cuando arrió con el máuser barriendo con la historia que se consumió en el armario. Algunas cosas no se fueron al bodega porque las traían puestas, las faldillas, el chomite y el fichú de lana.

Cornelia fue a sacar de un baúl un par de zaleas para cubrir el espacio donde estuvieron los tapetes, les prestó las cobijas para suplir a los ponchos y se fue a pedir fiados unos colotes para colocar los geranios, debido a que también se llevó

las macetas. En la cocina quedaron los tenamastes, del fogón no se llevó la tronera porque no podía, si no, también arrasaba con ella, se llevó la canasta con los higos que vendió en el camino, también vendió el chaleco de pana, la leontina y el pantalón de dril a unos arrieros que hacían de las aguas, con el corazón afiebrado, dejó a su mujer con los ojos llorosos y las uñas en la bolsa.

Tocó la puerta, los ojillos parpadearon entre la neblina de humo, la luz del foco chocaba con las sombras de las cacas de mosca que atascaron el vidrio de la bujía, las palomillas revolotearon arriba de las cabezas en un aleteo desenfrenado, espantándose con el ruido que provocó el chupadero de los cigarros.

Le entró al tercio con los ánimos hasta el cielo. —Pierdo todo o me repongo— decía estrujándose las manos, en ese momento llegó el presidente municipal acompañado del cabildo en pleno a tomarse un curado. El salón se fue apelotonando y José quedó trasquilado perdiendo hasta la última gallina que se comió el velo de la esperanza.

—¿Dónde le firmo?—, le dijo mientras permanecía tieso, con el rostro descuadrado, los bigotes amarillos y los labios cenizos, la frente desteñida con las cuarteaduras temblando, la arruga en el arranque de la nariz se contraía en el movimiento constante, los ojos de aljibe, que se restregaba con las manos huesudas.

—¿Dónde le firmo?— —Aquí don José, le dijo Quintín y los testigos también firmaron.

Bárcenas invitó el vino para todos, que se fueron a sentar a las mesas; mientras continuaba rascándole a la baraja, el perdedor volvió a insistir, —Yo soy hombre y como tal, le digo que vaya usted y haga uso de la casa a la hora que quiera y no porque me llevó la chingada crea que me voy a rajar. —No se preocupe don José, si usted quiere le puedo dar la revancha y le voy a hablar de hombre a hombre —añadió Quintín Bárcenas con cierta salamería—.

—Usted dirá, señaló José. —Le juego la revancha —Al momento que le decía se le quedó mirando y al asegurar el tono volvió a remarcar.

Usted tiene algo que me gusta. —José quedó sorprendido. —Si no tengo ni en qué caerme muerto. —Le respondió. —Mire don José— le dijo Quintín al momento que fue sacando los fajos de billetes amontonándolos sobre la mesa.

—Mire don José— volvió a insistir, —con esto y lo que me debe, usted puede salir de la olla, —y con la voz quebrada le masculló; —se los juego contra su hija.

Camarillo sintió un fagonazo que lo dejó lívido, se le trabaron las quijadas al apretar los dientes, la vena del cuello dio un salto y de un matotazo se tumbó el sombrero, todas las miradas cayeron como aguacero en la cabeza teñida.

—No se enoje, —Le mencionó Quintín—, el juego es el juego, yo sólo pretendo darle la oportunidad de que se reponga y se lo digo como ami-

gos; hizo una pausa y volvió a insistir —ahora que si acepta la oportunidad, quien quita y se ponga a mano—, le dijo con voz melosa, haciéndole cosquillas; así le fue calentando el gusanillo a José, quien permanecía bajo la neblina, poco a poco su piel desteñida recobró el color, los colgajos de la cara se fueron acomodando, después de aquel movimiento tectónico que sacudió el humo del tabaco que continuaba saliendo en espiral por los escombros de los dientes. Los ojos permanecían atentos revoloteando como chupiros en las cavernas de los huesos, en tanto la luz mortecina caía derramándose sobre la base de las sillas. El tenebrismo del bodegón fue atravesado por las hormigas voladoras, que chocaron con la falda de la bombilla, cayeron con las alas destroncadas en el plano de la mesa, siguieron caminando entre la ceniza con el lomo chamuscado y al perderse en el borde circular de la madera terminaron por saltar en la espesura de las rodillas.

Quintín Bárcenas con la voz nerviosa, volvió a insistir dirigiéndose a la figura escuálida que permanecía clavada en la silla. —Si usted es de los que se echan para atrás, aquí no ha pasado nada, —al término de la frase, ladeó la mirada y se dirigió al presidente municipal —¿Verdad compadre?— Le dijo espoleando la voz. A Camarillo le temblaron los labios al sentir el rejón horadando el amor propio, se quedó mirando la pistola pegada en la rabadilla del vecino, éste se percató de la porfiadez de la mirada y bajó la mano apoyándola en la cachea, cuando sintió el seguro del gatillo, levantó la vista para observar aquel hombre que trató de balancearse a fuerza

de costumbre; al dejar de moverse, la tempestad de los rechinidos comenzaron a amainar, las manos tensas se aflojaron y la mirada siniestra cambió de tono. El silencio tapió las bocas, solo en la calle se escuchaba el griterío de la trifulca, acompañada de los golpes secos como de troncos desquebrajados azotándose por el suelo. En el interior del salón de la taberna, el silencio permanecía inalterable.

José Camarillo sacó el aire que le quedaba en los pulmones e interrumpió el estado sepulcral, con la voz escaldada que pareció un chispazo entre la humazón, le dijo a Quintín Bárcenas, —Soy hombre y se la juego. —Al escuchar la frase abrió la boca esbozando una sonrisa que mostró la herrumbre de la dentadura, levantó la copa y le fue dando sorbos. Pidiendo una baraja nueva comenzó a tallarla, le dio vueltas, barajándola con lentitud, lo que desesperó al que tenía enfrente, quien traía el mohín a flor de piel y con la voz farragosa —Ya déjese de pendejadas y venga el juego —terminó por decirle.

Se arrojaron las barajas entre la rosa de los vientos y en el cambio, con la última carta, perdió a Virtudes.

Quintín estuvo fumando durante toda la noche sentado en el sillón de cuero repujado, con los pies apoyados en el travesaño del escritorio; el movimiento de la mano llevando y trayendo la braza del cigarro, en una recta interminable que se dibujó en la obscuridad, trató de encontrar las ideas en el camino tortuoso de la cavilación, las colillas se acumularon en el cenicero de granito, en tanto el basurero de las ideas se fue barriendo, descombrando la brecha para llevarse a la prenda a una de las casas que tenía en la capital de la provincia, la cabeza continuó dándole vueltas, buscó en aquel marasmo la respuesta que le daría a su mujer, pensó arrumbarla en cualquier sitio y al meditar en su hijo, un escalofrío le recorrió el espinazo. El canto de los pájaros que salían entre las hojas del aguacate y los primeros rayos del sol le fueron despabilando la meditación, unos toquidos espaciados acabaron por interrumpir el silencio, era una de las sirvientas, fue a preguntarle por Natividad, que no había llegado en toda la noche.

—Qué día es hoy? —Le preguntó mientras se restregaba los ojos. —Sábado, patrón. —Fue la respuesta desvelada.

Se levantó fajándose la camisa, al abrir la puerta del despacho el aire frío le golpeó el rostro, caminó hacia el patio donde se encontraba la batea de palo, castañeando los dientes se lavó la cara y regresó de nuevo hacia donde se encontraba la percha para descolgar el sombrero, al colocárselo sintió las tripas revueltas, tuvo un ligero presentimiento: al subirse al camión permaneció sentado, con la mirada fija en el fondo de la calle hizo un movimiento para encender la máquina, la torpeza de los dedos no acertaron en el primer intento, sacudió la mano, y le dio el giro a la llave: arrancó el camión a todo lo que daba, se enfiló directo a la casa de Martín López, la "Liebre"; levantando una polvareda neblinosa, espantó a las vacas que apacentaban en el camino y no se dio cuenta de los buenos días que le aventaron los parroquianos, al llegar al sitio donde creyó encontrarlo, le dieron la razón del pleito de la noche anterior y del chamuzcón que le sorrajaron en la pata, aquel recado le frunció el estómago, dio las gracias por el café de olla que le ofrecieron y emprendió la carrera hacia la Presidencia Municipal, atravesó la plaza a una velocidad de pánico, al meterse por la terracería, alcanzó a distinguir dos siluetas llevando de las manos el asa de la tina del nixtamal, al reconocer la forma que se escondía detrás del vestido blanco, hundió el freno, las ruedas continuaron derrapando entre las piedras, el armatoste se detuvo ante los ojos azorados de las dos mujeres que se dirigían al molino, se bajó lleno de salamería, agitando el sombrero en una ceremonia que chorreaba miel de tuna cardona, al estrechar la mano de María Virtudes, la vio más hermosa que nunca,

con las mejillas rosadas por el frío de la mañana, percibió la suavidad de la mano que sostenía en el saludo, se le asomaron las urgencias y le sangolotearon los tanates, medio turbado se despidió dando los respetos y saludos para toda la familia.

Cuando fue acercándose a la Presidencia llevaba la sonrisa de lado a lado, se levantó el ala del sombrero y al deslizar el brazo se limpió el sudor de la mano en el pecho de la camisa, al parar el camión junto al portal del cabildo. El presidente municipal alcanzó a verlo y se levantó de la silla principal, se ajustó el cinturón entrebuscando la pistola que traía por las nalgas, los dos corrieron a abrazarse dándose de apretujones y a manotazos se sacudieron el lomo —Que'abido, compadre?— le decía uno, —nada, compadre. —Era la respuesta de aquel diálogo desvelado que enternecía las paredes, al terminar aquel fraternal saludo, se miraron a los ojos que aún permanecían inyectados de miedo a la emoción, el alcalde con las manos sostenidas en el cerro de la barriga, le fue diciendo con voz de saltaperico —¿Qué lo trae por acá, compadre? —No se haga pendejo compadre, ya sabe a lo que vengo —le dijo mientras se arriscaba el bigote.

—Verás, compadre, —con el sonido arrastrando, le decía el presidente municipal —anoche tu muchacho se puso bravo y por poquito se trueña al sobrino de Pantaleón Castilleja.

—¿Cuál Pantaleón?, le preguntó con asombro.

—El tío de Atanasio.

—¿Cuál? compadre. Insistió Quintín.

—Aquél que se robó una de las “Serranas”.
—Le contestó el presidente.

—¡Ah! sí, —exclamó.

—Ya te acordaste —le preguntó de nuevo y arremangando la voz, volvió a comentar bajo los arcos de adobe.

—Mira, compadre, Pantaleón Castilleja es el tío del golpeado, el viejo es medio ladino, —le seguía diciendo, mientras a lo lejos el ruido del molino fue desbandando los pájaros que fueron a comerse los granos del nixtamal.

Pantaleón Castilleja ejerció un cacicazgo asolando el poblado, cuando la cristiada se desmadejó le quedaron las polainas y los bigotes oliendo a cerillo; mantuvo las ganancias al hacer compadrazgo con los nuevos ricos, hizo compadre al cura Lumbreras, que la noche anterior, mientras comía tunas taponas, vio a Natividad Bárcenas que andaba emperrado lanzando berridos sobre Atanasio, le dio un guantadón que lo tumbó al suelo, en el piso le soltó una granizada de golpes y lo dejó como elote masticado, el cura Mariano Lumbreras se levantó las enaguas y fue a avisarle a los policías, cuando éstos hicieron presencia, le jalaron de las mechas hasta que se lo quitaron, al sentir el jalón Natividad se dio la vuelta, con los ojos emponzoñados se les quedó mirando, abrió

la boca dejando escapar una baba espesa y se abalanzó hacia uno de ellos, el policía alcanzó a disparar chamuscándole la corva, en la trifulca Bárcenas logró desarmarlo y le sorrajó un balazo que alcanzó a atravesarle la palma de lado a lado, al intentar detener el plomo con la mano desnuda, el estallido desvalagó a los curiosos, el comandante le buscó el modo y cuando lo vio de espalda le soltó un culatazo que lo dejó frío, en el suelo lo amarraron hasta el pescuezo, le pusieron un bozal y en ancas lo llevaron hasta la cárcel.

El presidente municipal le continuó diciendo a Quintín Bárcenas, que el tío estaba ingrido con el sobrino; debido a que su mujer no había tenido descendencia porque tenía el cántaro seco desde antes de casarse.

Cuando Pantaleón Castilleja se enteró de la noticia, se fue al monte a recoger la peonada, de ahí se fue directo a la Presidencia donde supo que se encontraba el golpeador, llegó echando pestes, al bajar del camión de redilas vio al alcalde platicando con Quintín Bárcenas, al verlos lanzó el cascajo de gritos preguntando por Natividad, detrás de él venían los peones con las carabinas terciadas; el presidente se apresuró a recibirlo con los brazos extendidos.

—¿Dónde está el coyote? —le preguntó Pantaleón, con la cara embarada de coraje.

—Aquí lo tenemos encerrado— le contestó y señalando a su compadre le dijo en voz alta; —aquél es su padre— y vino a decirme que está dispuesto a reparar el daño.

Pantaleón se acercó a Quintín, sin hacer caso de la autoridad y con la voz arrastrando —yo no sé quien carajos sea usted, pero sí le digo que si algo le pasa al muchacho, me enfiervo a su hijo—, al terminar, el rostro le temblaba, quiso decir más pero se le trabó la lengua, el último pajuleo de la voz agitó al aire llevándose el silencio entre los mezquites lo clavó en las espinas de donde cayó revolcándose en la tierra.

Quintín Bárcenas se encrespó y apretando las quijadas, se fue caminando, los puños de las manos se le fueron endureciendo, el alcalde se interpuso para impedir que diera un paso de más; Bárcenas alcanzó a destrabar el nudo, el vientre entraba y salía —si algo sucede, nos acabamos todos— le dijo con una expresión que detuvo los ánimos a punto de reventar, el mauserío comenzó a brillar, los policías se acomodaron en fila con el pecho a tierra. El presidente municipal sacó fuerzas de quién sabe dónde y con el sonido escuálido logró imponer el orden, restauró la calma, aludiendo a la presencia del Ministerio Público que se encargaría de aplicar la ley.

Pantaleón Castilleja guardó paciencia y antes de retirarse se dirigió al alcalde y con voz de fuego le señaló: —Te lo encargo.

Al subirse en el estribo del camión uno de los peones alargó el brazo con la intención de ayudarlo, al ver la mano terrosa, la golpeó con el bordón de empuñadura de plata, al momento que decía: —Sáquese cabrón, que yo puedo solo—.

Lo vieron alejarse con la manada de hombres

bailoteando en la carrocería por el traqueteo del camión, dejando a los demás con el coraje como turicatas corroyéndoles por dentro. La gente con los rostros atusados continuaron de largo pastoreando las cabras, rumbo a la Hacienda de Gallinas, los perros encarrerados detrás de los animales, perdieron los ladridos entre los huizaches en las orillas de San Francisco del Mineral.

Quintín Bárcenas, se fue hacia la celda donde seguía durmiendo la causa de su bilis y de una patada lo despertó, agarrándolo por el cuello de la camisa comenzó a sarandearlo para descargar el coraje que le humeaba por las narices. La mirada quebradiza de Natividad se fue engrosando entre las venillas sanguinolentas que le reventaban los ojos.

—Suélteme, porque si no también me lo cargo. —le dijo al sentir el estrujadero de la camisa, parecía que traía los chincuales en el cerebro y le salían por la boca.

Las palabras empapadas de alcohol se fueron a estrellar en pleno rostro, la ira contenida se revolcó en el lodazal y disparó un carajazo, arriándose por el pescuezo lo tumbó al suelo, Natividad apretó los puños, clavándose las uñas permaneció en el piso.

Su padre le esperaba en una actitud retadora a sabiendas que si el hijo se paraba lo haría taser, movió la cabeza al darse cuenta que a sus espaldas estaban los policías con los rifles apuntando.

Tenía el rostro cubierto por el sudor, se quitó el sombrero y se limpió la boca. —Guárdenlos —dirigiéndose a los policías que bajaron las armas, de nuevo le señaló a uno de ellos, —Ve a avisarle a su madre donde está su hijo y que le mande una cobija y unas gordas, —al terminar salió dando un portazo con el retortijón machacándole las tripas, le dio las gracias a su compadre, a quien le indicó que iría a ver cómo se encontraba el golpeado.

Rodolfo Turrubiartes, el médico general que atendía a los heridos le comunicó sobre los moretones y la costilla rota del paciente, de allí se fue hacia la agencia del Ministerio Público, estuvo hablando de las lesiones y de la fianza mientras un fajo de billetes se deslizó entre los papeles.

Pantaleón Castilleja indagó la causa del pleito, le dijeron que había sido porque su sobrino le andaba trasquilando la muchacha y se concretó a decir: —Ai' que se la repartan—.

María Virtudes divisando desde el molino todo el ajeteo que pasaba en la presidencia, se quedó tanteando la bola, el molino se paró y las mujeres se amontonaron en la puerta, en eso aprovechó la ocasión para comunicarle a Cornelia que iba con las Careaga, ésta ni caso le hizo por estar mirando la bulla, se fue hacia el solar, entró corriendo hacia las tapias donde se encontraba esperándola Nicolás Perea, quien le reprochó el pleito que andaba de boca en boca, ella logró separarse y con energía se le quedó mirando, —no quisiera perderte— le insistió Nicolás— con los ojos enlagrimados. Fue cuando ella se repegó al cuerpo como no lo había hecho nunca, se apretó con todas sus fuerzas hasta que la respiración se entrecortó, se unieron los labios con desesperación. Nicolás le recorrió el cuello tejiendo el pelo con la lengua, las manos acariciaron la espalda, bajando por la cintura, en un arranque el torbellino de la sangre les cerró los ojos, los dedos se extendieron sobre la loma de las caderas, los cuerpos incendiados parecían derretirse; separó la mano y extendió el brazo, trató de inclinarse para tomar la falda, la agarró con la pinza de los dedos con la intención de levantarla, en eso se

escucharon unos quejidos, después el ruido fragoroso que le salía del fundillo a Belén Cisneros, la dueña de la fonda, quien se encontraba escondida tras los nopales haciendo de las aguas, cubriéndose las vergüenzas con el faldón negro; jugando con la rama de pirul, batía el lodo que se formó cerca del zapato.

Belén esperaba en el molino a donde había llevado el nixtamal, cuando la sorprendieron las necesidades, se fue directo al solar, se metió entre la nopalera y sin hacer ruido, fue a sentarse para hacer de las aguas, al estar pajareando, vio entre las pencas una mujer que pasó corriendo y se metió entre las tapias, cuando la lumbre le llegaba a los aparejos, se le acalambró el culo, delatándose, sin que la pareja terminara de apagar la luminaria.

Al escuchar el fagonazo los amantes saltaron como chapulines y se quedaron mirando, al recordarse del susto y con la cara de fuego María Virtudes se alejó corriendo para buscar a Cornelia, en el camino se encontró a Pantaleón con los pelos parados que salían por la ventanilla del camión.

Cornelia Pantoja la esperaba con la tina de la masa en el hombro y en tono de reproche le dijo: —niña, ¿dónde andas?— le ayudó a bajar la cubeta y entre las dos tomaron el asa y se fueron por donde habían venido. A Cornelia le causó rareza al verla tan colorada, el pelo fuera de su lugar, los labios cenizos, el temblor de las piernas y las pupilas dilatadas. Para disimular el

temor, la hija de Sara Bustamante se fue canturreando una canción que aprendió en el campo.

Al pasar por la carpintería buscó al carpintero para informarse sobre el estuche de caoba que le había mandado hacer, le preguntó por Blanca, su mujer, que también había sido compañera de la escuela de la señorita Rosalía.

—Quiere verte— le dijo, y continuó diciendo: —Quiere que le lleves a los chiquillos a la iglesia; vé a verla —terminó por decirle.

Al recibir el estuche, atravesó la carpintería, siguió hasta la puerta, continuó por donde enlataban las ruedas de madera, bordeó el pirul, abrió el postigo del primer patio y encontró a Blanca con su tribu lavando el cerro de hilachos en el lavadero de palo, al verse; los ojos se humedecieron, permaneciendo abrazadas ante el azoro de Paz y Elvira, le pidió que le llevara a confirmar a las parvularias para quitarles el chamuco. Se despidieron con la promesa y salió por la puerta que da hacia la calle, prosiguió hasta la esquina y al dar la vuelta encontró a su madre, quien al verla exclamó: —pero niña, ¿dónde andas? —fui a recoger el estuche a la carpintería, Blanca quiere que le lleve las niñas a la iglesia, —le contestó bajando la mirada.

—Más ahijadas— musitó Sara con cierta benevolencia. Aquel día el pueblo amaneció inundado por las voces que acarrearón la comidilla a carretadas; el desbarajuste malogró las fiestas del novenario y causaron la indignación de los fieles.

Quintín Bárcenas después de haber pagado la fianza, descargó la conciencia en un limosnón con el que le perdonaron el pecado, pagó una misa en desagravio, pidió disculpas por las andanzas del hijo y prometió una comelitona a los dueños de los puestos que fueron desvencijados.

Fue a buscar a la “Liebre” y se lo llevó a la bodega, todavía no se le bajaba el coraje y arremetió contra el machero, descargando una retahíla de maledicencias, mientras que el otro se iba poniendo pálido.

—Quiero que me digas qué pasó, ¿por qué tanta bulla? —le decía con la mirada penetrante.

—No sé, patrón— le contestó, desgranando la voz.

—No sabes— le reprochó Quintín echando pestes.

—Si sé— volvió a contestar y al momento le fue narrando desde que estuvieron parados sobre la banquetta, viendo pasar la cera, la cual estaba integrada por los fieles que iban en procesión con los rostros recogidos, orando en voz baja junto a los carros alegóricos adornados de flores y el trinado de los coheteros que espantaban a los perros, le fue diciendo cómo vieron pasar a María Virtudes al inicio de la fila, llevando entre las manos un cirio blanco y de cómo su hijo se acercó a uno de los camiones y arrancó una de las flores y de cómo se fue metiendo entre la procesión escurriéndose entre la fila, le mentó el haber visto a

Natividad con los ojos alegrados, cuando lo vio regresar, le continuó diciendo que se metieron a uno de los tendajones a remojar la lengua en los jarros de canela con alcohol y al salir fueron a sentarse a una banca del jardín y de ahí se pasaron a comprar charamuscas en el puesto que se encuentra abajo de la cruz de piedra, le hizo referencia que vieron a María Virtudes cuando le dio la flor a una de las amigas y de cómo ésta la movía como si estuviera sacudiéndose las moscas, le dijo cómo fue que Natividad se ponía negro de coraje cuando se acercó Atanasio, el sobrino de Pantaleón, al grupo de muchachas y de cómo extendió el brazo cachando la flor que fue soltando despacito, como no queriendo y al final se quedó con ella. Le dijo que Natividad lo esperó a que diera la vuelta y se le abalanzó como un animal envenenado empezando la rejolina.

La “Liebre” tenía los ojos hundidos, parecía un tordo remojado, le habló de los rumores que alguna vez se colaron por las rendijas; que se estaba desperdiciando, lo cual era los díceres del pueblo, que estaba cayéndose de tueste y no sabían de alguien que la rondara y terminó por decirle —a lo mejor el viejo la quiere para él— le habló de uno que anduvo hacía tiempo y no había vuelto.

—Para mí que se lo difuntearon— y como no queriendo, le sacudió el ánimo al decirle, —la muchacha está bonita, bonita deveras—.

—Bonita, “Liebre”— le contestó Quintín, con el resuello apurado.

En aquellos días los aguaceros arreciaron, parecía que una mano gigante exprimía las esponjas grises que papaloteaban en el cielo, la lluvia intensa fue cubriendo las parcelas, inundando los surcos donde crecía el trigo, los torrenciales desbordaron los tanques, arrastrando las vacas que pastoreaban en los llanos. No se había visto una lluvia tan tupida desde hacía muchos años, las bolijas del granizo descalabraron a los borregos por la fuerza que traían, el golpeteo se escuchaba en los techos y cuando arreció se estrellaron los cristales de las ventanas. Todo el estruendo espantó a los perros que corrieron a los tejabanos, con el lomo erizado y la cola entre las patas. En el lodo de los caminos los carros de mulas quedaron atascados, los gabanes de paja que cubrían a los dueños de los animales, parecían cataratas, los mecates estirando de los cuernos a los becerros hundidos hasta el cansancio en los pantanos que se formaron en la cola del tanque, la sogas tensas y los caballos pujando por salvar el animal que mugía en la desesperación al sentir el atole bajo las pezuñas, las dos vacas de Sara Bustamante perecieron ahogadas en el aljibe del Tepetate, se las llevaron triponas de agua con los ojos entumidos.

José Camarillo duró varios días sin salir a la calle, la mecedora se quedó vacía en el zaguán, todo el tiempo fue la misma vaina, María Virtudes logró salvar a los pájaros de aquella muerte segura por la andanada del granizo; continuó alimentándolos en el cuarto, salían de las jaulas de carrizo y se paseaban por la cocina, depositando los huevecillos jaspeados en cualquier rincón. Jo-

sé Camarillo como un becerro entorilado, caminando de un lado para otro, la ración de leche se había perdido entre el aguacero que azotó en el pueblo y arrasó con el último patrimonio dejándolo en la miseria.

Continuó deambulando por los pasillos, no encontraba su lugar, se fue hacia el corral para sentarse en el pretil del pozo, comenzó a liar un cigarro de hoja, sacó de la bolsa del pantalón una botella de a cuarto, se la bebió con una calma hasta que aburrió a las gallinas, se levantó de ahí y se fue caminando con el paso cascorvo, arrastrando la soledad, fue a meterse al dormitorio de su hija y se acostó en la cama, respirando el olor de las sábanas, miró los huaraches de cuero que yacían en el rincón, alzó la vista hacia el vestido rojo que se encontraba colgado en el clavo de la pared, se levantó para untárselo en la cara con una fogsidad enfermiza que le comenzaba a erosionar los chiquereros de la cabeza; así permaneció hasta que los pasos de su hija lo hicieron separarse, la vio en el marco de la puerta, ella se dio cuenta que tenía los ojos llorosos y pensó que aquel hombre se hundía entre los recuerdos y lloraba por la pena, corrió hacia él abrazándose, al sentirla el hombre la estrechó respirando el olor del pan, la besó en la mejilla, le recorrió la boca y la besó con fuerza en la mitad de los labios; separándose con brusquedad, salió del cuarto y azotó la puerta, élla se quedó sorprendida, al instante se percató que Cornelia estaba parada junto a la cama y le decía con voz de lámina oxidada, —Tienes que ca-sarte pronto, hija, porque el tiempo pasa—.

No te entiendo, —es la primera vez que me lo dices— le replicó al momento que se limpiaba la comisura de los labios. —El tiempo pasa— volvió a añadir, mientras metía la mano en la bolsa para sacar las semillas de calabaza que comenzó a masticar.

Al domingo siguiente en la misa del mediodía, el cura Lumbreras anunció que había sido llamado por el Obispo para ocupar un nuevo cargo; al anunciar su retiro, se le quebrantó la voz, el rostro de birote quemado se empapó en llanto y desde el púlpito fue derramando las oraciones, que cayeron en silencio como lágrimas de viento en los surcos de las caras, se mojaron con la llovizna que remojó los recuerdos de aquel templo adormilado donde a pesar de todo, la querencia se dio a fuerza de la costumbre, ese día se derramaron lágrimas de buena voluntad, dio la bendición con las manos de tierra, extendió los brazos, los fue alzando hacia arriba de la cabeza y al bajarlos se cubrió el rostro.

Al término de la misa, todos salieron con el corazón contrahecho y por la tarde el jardín ya era una algarabía improvisada, donde la música de la tambora se desbordó en la despedida. Se acomodaron los puestos y el pueblo se volcó a la calle, en todas las casas se organizaron reuniones a donde fue convidado el sacerdote milenario.

Sara Bustamante recibió una invitación a la

casa de los Turrubiartes, era la primera ocasión que la invitaban para compartir con las nuevas familias que se aposentaron en el pueblo. A pesar de que las conocía por haberlas visto pasar a través de la ventana, desde ahí escuchó sus risas y desde ahí miró los vestidos recamados. Fue mirando cómo crecía el pueblo y de cómo fueron dejando de transitar las volantas tiradas por los caballos.

Cuando llegó a la casona del doctor Turrubiartes, encontró a la nobleza pueblerina bebiendo agua de chía, con la cual celebraban la despedida de Mariano Lumbreras, el mismo evento sirvió para la recepción del nuevo sacerdote. En aquel festejo inolvidable conocieron a los nuevos vecinos, los nuevos nombres que ensoparon al pueblo y se escurrieron entre las enredaderas, el órgano de fuelle deleitó la cena y se brindó con el vinillo de consagrar.

Rosario, la hija del doctor, fue a sentarse junto a María Virtudes para pedirle que entregara el presente de despedida a nombre del pueblo; el jolgorio continuó durante toda la noche y parte del día siguiente hasta que se les cansó el macho. Aquel fiestón endemoniado fue una prueba de la devoción que se le profesó al cura y continuó grabado en la memoria al paso del tiempo.

Cuando el nombre terminó en la última letra, se quedó en el recuerdo y poco a poco se fue resañando con el ir y venir de los días.

Rosario frecuentó a María Virtudes y le hizo

una invitación formal de que pasara las tardes con ella para que le enseñara a tocar la guitarra, Sara Bustamante acompañó a la hija y las dos fueron en presencia a tocar la puerta donde se encontraba el rótulo académico del dueño de la casa, al llegar las pasaron a la sala. De inmediato la servidumbre importada llevó el café en una charola de plata, la que contenía pequeñas tazas de porcelana, las galletas en una caja hexagonal cubierta de celofán, la cafetera con viñetas de colores cálidos.

Al sentarse parecían hundirse en los muebles capitoneados de color beige, flexionaron las piernas para no rozar la mesa de centro cubierta de cristal; pusieron unas mesillas de madera labrada a los extremos donde depositaron el plato con las galletas. Las alfombras mullidas hacían juego con los muebles, las cortinas de encaje blanco, un cristal enmarcado con la filigrana en el intercuadro que simulaba la moldura de vidrio, los enormes candiles sostenidos al techo; al ver aquel cambio sintió que en el camino había dejado cientos de lustros empolvando las calles, cuando sirvieron el café con la crema, Sara levantó el pecho y aflojó los músculos, desencabritó el cuello que permanecía tenso, un fluido rancio le sacudió la piel, se arrellanó en el sofá y levantó el dedo meñique y como una garza se llevó la taza a la boca, sorprendiendo el espejo, miró hacia el final donde se encontraba un piano de cola, volvió la vista hacia la mantilla de seda que sostenía entre los hombros Magdalena la esposa del médico. Sacaron el álbum familiar, así pasaron horas hasta que llegó el marido con su hijo, el encuentro

protocolario se llenó de azúcar, la invitación se extendió a la cena, la servidumbre fue a cambiarse los delantales que resaltaron en el fondo negro de los vestidos, los juegos de la vajilla hicieron las delicias de Sara, que le pidió a María Virtudes que fuera a acomodarse en la silla a un lado del hijo del doctor.

Al terminar el convite Sara Bustamante parecía gallina clueca, se sintió arrobada por aquella familia con angora.

Continuaron frecuentando aquella casa, Sara cambió de peinado y comenzó a insinuar a su hija que se fijara en el heredero del doctor Turru-biartes. Poco a poco se fue desquiciando entre aquellos grupos; María Virtudes, aprendió a tocar el piano de cola con la mayor facilidad del mundo.

Cuando llegó el novio de Rosario se organizó una fiesta de presentación y volvieron a darse cita toda la camada con olor a postín. Antes de iniciar la cena se detuvo la música, el doctor pidió un minuto de silencio a todos los presentes, arrojó un discurso rememorando las glorias escondidas de aquel pueblo, los asistentes aplaudieron atropellando el torrente de palabras con el que se hizo la presentación del novio de la hija.

Sara se humedeció los labios recordando los bailes que alguna vez celebraron en el salón de los espejos, los vestidos de seda de otros tiempos, las copas de cristal cortado donde se agitaron las risas entre los bigotes engomados, aquel tumulto le

regodeó la memoria; la saliva le continuó escuriendo entre aquel grupo y se decía para sus adentros; cuando así presenten a mi hija.

Al día siguiente la madre del carnicero celebró el cumpleaños indefinido, las invitaciones corrieron hacia los diferentes sitios, alcanzando una de ellas a María Virtudes. En la casa oliendo a tripas saludó al peluquero, el zapatero y demás que le dieron de comer a San Francisco del Mineral, ahí se encontraba Nicolás Perea, quien se acercó a darle las buenas noches a Sara Bustamante, al saludar a la hija las sonrisas arrollaron el color de las flores salpicadas de aceite, Nicolás sostuvo la mano de María por un largo rato, lo que irritó a la madre; el olor de la manteca quemada mareó a Sara, colmándole la paciencia y en un arranque se llevó a su hija del brazo y salieron sin despedirse. Por la calle le fue diciendo: —¡Cómo te gusta que te manoseen!—, y volvía a rematar, —fíjate en la otra clase de gente—. Siguiéron por la banqueta entre el canto de los grillos que eran alusados por la luna. En el camino se encontraron a Quintín Bárcenas quien les dio las buenas noches. —Otro— comentó Sara.

Al llegar a su casa vieron al marido comiendo frijoles con cebolla picada. —Hasta qué horas llegan— les dijo en tono de reproche, —Esta que me lleva con esa gentuza— terminó Sara por decir.

El marido se bebió el pocillo de canela y salió a la calle, el viento refrescaba, hacía tiempo

que no salía y fue a sentarse a una banca del jardín, parecía más viejo, estiró las piernas para desgarrar los huesos, prendió un cigarro y comenzó a lanzar ruedas de humo. Quintín Bárcenas lo encontró en el jardín reconociéndolo por las piernas largas como garrochas desvencijadas, también él había salido a la calle paseando la cena que lo había indigestado. Caminó por el pueblo, sentía que el mar de cavilaciones le trituraban la cabeza, hasta que decidió buscar a José Camarillo.

Antes de salir estuvo cenando, cuando llegó su hijo Natividad fue a sentarse a su lado, al terminar de colocarse, le habló a bocajarro —Padre, vaya a pedirme la mano de María Virtudes— le dijo sin perderlo de vista; al escuchar la petición, sintió el molote de las morelianas atravesándole el pescuezo, dio un salto y como pudo fue a beberse una olla de agua y sin darle ninguna respuesta salió a la calle, se fue a caminar, en el camino se encontró a Sara con su hija que no hicieron aprecio al saludo, continuó dando vueltas y por fin decidió ir a tocar el portón de mezquite; tocó sin que nadie le abriera; lo hizo con mayor insistencia, los toquidos se escucharon hasta la cocina, parecía que iba a derribar la puerta; desde el fondo Cornelia le fue gritando —Ya voy, ya voy— le comunicó que el dueño de la casa posiblemente se encontraría en el jardín. Sin deber el favor fue a la plaza, le vio el cigarro que tenía en la boca, al llegar le preguntó por sus males y además le fue contando de sus penas, de las vacas, de las polillas del cercado de los chiqueros, —Para qué soy bueno— le interrumpió Camari-

llo— Quintín se fue al grano —Quiero arreglar lo que tengo que arreglar— y añadió: —Usted ya sabe a lo que vengo—, —lo espero el viernes en mi casa— le respondió Camarillo sin alzar la voz, —lo espero cuando vaya oscureciendo— le dijo en el mismo tono.

Quintín espelmazó la plática al escuchar la invitación, de nuevo le propuso que ya no quería la muchacha para él, sino para su hijo, le fue diciendo que había pensado mejor las cosas, le ofreció entregarle los papeles de la propiedad y además le propuso que le daría algunas reses y unas tierras y así todos saldrían ganando y todo se quedaría en familia. Al terminar la plática Camarillo le señaló —mañana le resuelvo— y no dijo más, terminó de fumarse el cigarro y se fue a su casa dejando a Quintín con la boca abierta. Dio unas zancadas enormes que abarcaron el trecho con rapidez, al llegar se fue directo a la alcoba de su hija, quien se encontraba durmiendo, encendió la luz y le sacudió la cara; susurrándole al oído le decía: —Hija, Quintín Bárcenas me pidió tu mano para su hijo, quiere que te cases con él, el mes próximo— y le siguió diciendo —Vete preparando porque el tiempo vuela— sin agregar más salió del cuarto, ella quedó petrificada ante aquella petición, con los ojos fijos clavados en el techo, al aflojar el nudo lanzó un grito.

Sara y Cornelia llegaron corriendo con el corazón en la garganta, al entrar la vieron toda hecha lágrimas y entre suspiros y llanto les narró lo dicho por su padre. Sara se ponía lívida, los cabellos de la frente se le erizaron, las orejas se mo-

vían indignadas, hecha bolas fue al cuarto donde se encontraba su marido; como fiera con turicatas le reclamó el proceder, vociferando a grito cerrado lanzó verduras de todos tamaños, gritó hasta el cansancio, el hombre se levantó de la cama y le sorrajó un cachetadón que la tumbó al suelo, se fue rebotando hasta la puerta y como pudo se apoyó en la aldaba para ponerse de pie, al restregarse los ojos con el dorso de la mano la fue bajando por la nariz, la resbaló por la esquina de la boca estrujándose hasta formar una mueca siniestra y con la otra se levantó el cabello que le escurría por la frente, se estrujó de nuevo el rabillo del ojo donde estaban dos lágrimas de odio, salió del dormitorio y se fue hacia la bodega, sacó la guaparra y regresó con el marido, al entrar tenía las velas encendidas en la covacha de los ojos, el hombre se paralizó y blandiendo la hoja de acero como destazando el aire y con voz de piedra le dijo: —Mi hija se casará con el hijo del doctor, —y volvió a agregar —se casará con alguien de su clase y si te empeñas me vas a conocer— al terminar la frase soltó un golpe partiendo la silla en pedazos, al salir, dejó que el temor acompañara al que estaba sentado en el borde del colchón. La figura escarpada permaneció en silencio, no habló más, se quedó pensando en su palabra empeñada ante los testigos y la deuda que le llegaba hasta el cuello, estaba hundido.

Cornelia seguía consolando a María Virtudes, Sara arremetió contra el pan. Esa noche cuatro pares de ojos se quedaron pelones.

Al día siguiente como todos los días, Corne-

lia se fue al molino donde encontró a Belén Cisneros, la fondera, quien le preguntó con una sonrisa irónica por María Virtudes, —En la casa—, fue la respuesta sin más ristre. Al llegar a la cocina se acomodó a preparar con la masa, atole blanco y lo llevó a la cama, donde sobresalían dos inmensas ojeras entre la piel, cuando se terminó el jarro de atole lo llevó a la cocina y en el corredor se encontraba José Camarillo, al verlo lo increpó con decisión, enfrentándose como nunca antes lo había hecho, el dueño de la casa reventó de coraje y en el arranque corrió a Cornelia con todo y guitarra. En silencio fue a recoger sus cosas y salió a la calle sin que nadie se diera cuenta.

Quintín Bárcenas no había visto a su hijo desde que le solicitó que fuera a pedir la mano de la hija de Sara Bustamante, ese día agarró el camión y se fue al rancho del Patol donde se encontraba Natividad, herrando los animales, al divisarlo le echó un chiflido amañado y cuando estuvieron de frente le soltó la noticia, —pedí la muchacha y hoy en la noche me resuelven.

—¿Cómo fue que se la dieron?— mascuyó el hijo.

—Si todavía no está el trato; a la noche lo cerramos— le respondió Quintín. —¿Nomás así la cosa?— insistió Natividad.

—Qué más querías.

—Fue un decir—.

Pos no sea pendejo, a poco cree que la iba a

agarrar echada— le dijo el padre golpeando la voz.

—Nomás dije— le respondió.

A la noche lo miro; si le digo que traigo ahorcado al viejo, o cumple o se jode.

Bárcenas padre se regresó al pueblo, estuvo comiendo ansía durante toda la tarde, dando vueltas del establo a la casa, por la noche fue a esperar a José a la cantina, lo esperó en el último rincón, les llevaron un candelabro donde encendieron una vela de cebo, allí estuvieron enmarañándose en la plática, al levantarse le pidió a Quintín Bárcenas que le dijera a su hijo que lo esperaba el viernes en su casa a la tercera llamada del rosario, cuando saliera su mujer y le dio más pormenores sobre la puerta de la calle que dejaría emparejada.

Desde el último día que estuvo en el solar, Nicolás Perea no volvió a encontrarse con María Virtudes sino hasta el día que se vieron, cuando se trabó Sara. De aquel encuentro demasiado breve había dejado pensando a aquel restaurador de imágenes, sintió cómo la aridez le iba robando la siembra en aquella casona adolorida, varios fines de semana la esperó sentado en la piedra, escribiendo en la tierra el nombre y su nombre. Mandó a su madre que fuera a buscarla, le pidió por caridad que le llevara un recado, Micaela accedió ante los ruegos de su hijo, que enflaquecía de pena. La fue a buscar, merodeando por la esquina; sentada en la banqueta tejiéndose la trenza, hacía un hoyo con el huarche, cuando la vio salir le entregó el recado que extrajo del seno, se despidieron con la sonrisa; María Virtudes extendió el papel y fue leyendo la nota donde le pedía que fuera por la tarde a casa de las Careaga, que ahí la esperaba.

Nicolás esperó toda la tarde en la casa de las antiguas compañeras del colegio y al verlo se derramó en llanto y le dijo entre sollozos la decisión de su padre; la petición de matrimonio; se atre-

vió a pedirle a Nicolás que se casaran, cuando él asimiló aquella petición le comentó sobre las deudas pendientes, le habló que la vaca tardaría dos meses en parir y que esperara para venderla con todo y becerro, nuevamente Nicolás le preguntó si estaba dispuesta a casarse con él y entre lágrimas le contestó que sí, le volvió a decir que si estaba dispuesta a esperar y entre sollozos respondió que sí.

Una de las Careaga hizo el comentario sobre la oposición de los padres y, qué iba a suceder, de nuevo él le pidió que si estaba dispuesta a fugarse y tomándolo de las manos se las besó con ternura y le contestó que sí.

Al llegar a su casa, Camarillo la esperaba con ojos demenciales, le fue soltando una labia que fue abriendo brecha de confianza, le habló de su paternidad, del amor que le tenía, de su bien y de todas las bondades de la tierra, la invitó a sentarse en la mecedora mientras él se acomodaba en un banco y sin darse cuenta ya le tenía el vaso lleno: con una maña pernicioso le pidió que le diera unos sorbitos —el vinito está bueno— le dijo y cuando la vio con los ojos febriles le preguntó si quería casarse con Natividad, fue tajante en su respuesta, dijo que no, al momento le volvió a decir —Quiero a otro— al oír la respuesta se le quedó mirando y sin decir nada vació el resto de la botella y se levantó por el mezcal, al regresar fue a ocupar el mismo sitio y con la voz quebrada le masculló —si así lo quieres, así será— ella abrió los ojos, se abalanzó a su padre y lo llenó de besos, él tomándole las manos, la requirió para que fue-

ra a sentarse a la mecedora, al momento que le decía: —Es la primera vez que tomamos juntos, así que brindemos— El vaporcillo del mezcal fue produciendo efecto, en tanto que el sol se iba des-
peñando en el horizonte.

—¿Desde hace cuánto que lo ves?— le volvió a insistir, la respuesta no se hizo esperar —más de un año— —¿lo sabe tu madre?— no, —porque tenía miedo— Camarillo volvió a vaciar la botella y le exprimió limones al por mayor, la risa destemplada de María Virtudes retumbaba en todo su apogeo. Cuando los vio Sara hizo un movimiento con la cabeza y les dijo —Voy a la casa de las Turrubiartes y de ahí me paso al rosario—, cuando se iba alejando volteó dirigiéndose a su hija, —y no estés tomando esa porquería, que sólo se hizo para los burros— María Virtudes soltó la carcajada, Sara se dio la vuelta sujetándose la mantilla y al salir a la calle dio un portazo que retumbó en el patio. José Camarillo, sirviendo y acariciándola fue llenando los vasos hasta el borde, sacó la botella que escondía junto al pozo, María Virtudes se desbordaba en aquel torbellino de alcohol, las carcajadas alucinantes se fueron desbaratando, los movimientos frenéticos cayeron en una torpeza grotesca, la tarde se había consumido. Cuando sonó la primera llamada del rosario, el sillón rechinaba entre los balanceos desmedidos, al recargarse en el respaldo moviéndose como hilacho, se fue doblando hasta recargar la frente en el borde de las rodillas, las manos flácidas rozaban el piso, levantó el rostro mostrando una sonrisa deforme, volvió a inclinar la cabeza, el pelo revuelto, sudoroso, caía cubrién-

dole los ojos, un manojo de pelo se le metió por la boca, escupió hacia los lados con la lengua dormida; volvió a limpiarse los labios con una sordidez que las manos salían disparadas en cada movimiento, tenía los ojos obnubilados y comenzó a decir incoherencias, al momento que trató de llevarse el vaso a la boca, se volcó el vino en el pecho; a punto de caerse, se fue balanceando y se vino abajo, él le detuvo la cabeza antes de que se estrellara en el piso, la tendió en el suelo y le acomodó las manos entre las axilas, se la llevó a la cama, le subió como pudo la mitad del cuerpo, tenía las piernas al aire, volvió a empujar, al sentir el calor embrutecido de la piel, una descarga le agitó la sangre, la colocó en medio de la cama, ella cayó entre las laderas al abismo de la inconciencia total. José Camarillo logró sentarse al borde, se quedó mirando entre las neblinas del mezcal, las piernas infinitas donde el placer de los muslos se aligeraban del paisaje del vestido, le acarició las rodillas, los dedos temblaron ante la hondonada oscura, deslizó las yemas entre el filo de los olanes, sentía el vello crespo bajo la palma de la mano, cuando tocaron a la puerta; era Natividad Bárcenas, se paró y apagando la luz, abrió el postigo.

Natividad había llegado desde temprano, acomodó el camión en una de las paredes laterales de la casa, estuvo acompañado de "La Liebre", se estuvieron tomando unas chaparras de aguardiente, allí esperaron hasta que vieron salir a Sara Bustamante, al tocar la segunda llamada, "La Liebre" escaló el muro apoyado con un gancho que amarró a una reata, logró llegar al techo con

la consigna de chiflar y hacer bulla si algo sucedía, esperaron a la tercera, cuando sonó el badajo de bronce, se bajó del camión y se metió a la casa. Deslizándose entre la sombra de los helechos se arrastró en el pasillo, al mirar los rayos que salían entre las rendijas, levantó el brazo y comenzó a tocar, en ese momento se apagó la luz y toda la casa se oscureció, sólo los rayos de la luna se fueron derramando al terminar de pasar la parvada de nubes. Al abrirse la puerta de la alcoba vio la silueta desgarrada en el quicio y alcanzó a escuchar el sonido brutal de José Camarillo que le dijo: ¡Cógetela!

Natividad se metió desgarrando las sombras y aflojándose el cinturón caminó hasta chocar con la cama, al subirse fue percibiendo en calor de las piernas que permanecían desnudas, logró acballarse entre los muslos borrachos, le jaló el calzón de olanes, se destrabó la correa bajándose el pantalón hasta las rodillas, la respiración jadeante parecía un resuello que se atasca en las fosas de la nariz, el sudor le empapaba las manos tembeleques, trató de bajarse el calzón que traía amarrado con un cordel, continuó jadeando, al estirar el calzón de olanes de María Virtudes, quien se movía en espasmos inconscientes, se recargó en el cuerpo semidesnudo que yacía entre las sábanas y se fue inclinándose, acaballado como estaba trató de abrirle las piernas que se atoraban en los olanes, cuando se iba acomodando en el puente donde se juntan los muslos, escuchó un chiflido largo, extendido junto con el brincadero descomunal que zangoloteaba el techo, con los ojos desorbitados y la respiración a punto de perderse

alcanzó a descargar el mosquetón humedeciendo la parte donde la mujer es mujer.

Salió corriendo al escuchar el griterío y subiéndose los pantalones, corrió por el corral espantando las gallinas, subió por la barda y se descolgó hacia la calle, cuando prendía el motor escuchó el ramalazo de "La Liebre" al caer en el capace te rodándose hacia atrás, a gran velocidad se perdieron entre las calles.

Al sonar la tercera campanada, Sara Bustamante se había despedido de la familia Turru-biartes, ya en la banqueta buscó el breviario, al no encontrarlo se fue a su casa, alcanzó a ver la figura escuálida de su marido que salía a grandes zancadas chocando entre las piedras; ella continuó caminando en la acera contraria, se encontró al cura que le preguntó si no iba a asistir al rosario, durante un rato permanecieron parados hasta que él la conminó a volver pronto; continuó andando por las baldosas cuando vio un bulto arriba de su casa, comenzó a lanzar gritos desahorados —¡un ladrón, un ladrón!— —Aquella sombra nerviosa comenzó a moverse, lanzó los chiflidos de rigor al momento que brincaba extendía los brazos, los gritos alocados pidiendo auxilio abrieron las ventanas, el pueblo se arrojó a la calle, las campanas se escucharon a vuelo, el rosario se suspendió, los máuseres dispararon al cielo perforando la luna, la gritería y el humo de la pólvora llegó hasta la casa de Quintín Bárcenas, quien se estaba comiendo el paliacate.

Al escuchar la gritería, Natividad Bárcenas,

que estaba en los preliminares del forcejeo, se disparó en el bosque sin lograr que el pájaro se metiera al nido, descargó el aguacero entre las hojas oscuras del matorral.

Cuando iba para su casa encontró el griterío desgañitándose entre las calles, al llegar la puerta se encontraba abierta y en el zaguán caminando de un extremo a otro, Quintín Bárcenas sudaba hielo, al pasar el umbral lo tomó del brazo y se lo llevó al despacho, cuando logró calmarse lanzó una pregunta: —¿Le trepaste?— con una voz lacónica Natividad le respondió, —nomás me saqué la pirinola, se la puse y cuando escuché la gritería me escurrí por encimita— y volvió a añadir, —fue puro desperdicio—.

La policía peinó los techos buscando al ladrón, encendieron las luces, con los machetes al hombro hurgaron en los helechos y debajo de las gallinas sin encontrar el rastro.

Una mano anónima cubrió a María Virtudes quien permanecía perdida entre las ventoleras del alcohol, cuando llegó José Camarillo encontró el patio desierto y a Sara Bustamante fumándose un cigarro en la cocina.

Al día siguiente María Virtudes se metió al baño, dejó en el retrete hasta el último color del arcoiris que le chapaleó en el estómago. El dolor de cabeza le duró varios días y permaneció encerrada curándose la cruda, acostada en la cama escuchó los cascos retumbándole en la cabeza, sin lograr rescatar ni un solo indicio de los peñascos

de la memoria donde se perdió aquella noche de aquel día.

El tiempo siguió caminando, el incidente de un bulto que brincó en el techo se enfrió en los rincones y quedó como una visión que solamente le sucedió a Sara Bustamante. Las visitas con la familia Turrubiartes continuaron realizándose, se trató de apalabrar una posible relación entre los hijos, lo que no se vio con malos ojos.

José continuó asistiendo a la taberna y sólo le preguntó a su mujer si no había visto nada en la cama de su hija, élla le respondió que sí, que puras vomitadas de frijoles, él no insistió.

Nicolás dejó de frecuentar las tapias y Natividad volvió a requerir aquella mano. Quintín Bárcenas dejó pasar el tiempo para no atosigar gente, el día que encontró a José Camarillo, le reprochó el escándalo de su mujer y amenazó con presentarse formalmente a pedir la muchacha en matrimonio, Camarillo le dijo que esperara un poco, que para todo había tiempo y le recordó su palabra empeñada.

Habían transcurrido más de dos meses, María Virtudes fue a buscar a Nicolás Perea en la casa de las Careaga, le habló sobre el compromiso, éste se mantuvo firme, prepararon el día en el que se fugarían para casarse en el poblado de Villa de Arriaga y se despidieron con la promesa entre las manos.

Por el camino ella se sintió mal, comenzó a marearse y Blanca, la esposa de Aurelio la encontró en la calle, la condujo hasta su casa, de allí Sara Bustamante la llevó con el doctor Turrubiarres. Al pasar por la fonda, Belén Cisneros las miró sonriente, María bajó la vista y Sara continuó sin responder al saludo.

En la fonda, Belén fue enterando a clientes y cocineras de los amores de Nicolás y la hija de José Camarillo, les contó lo que había visto detrás de la nopalera y le aumentó un deseo estancado, que le sacudía el cántaro abajo de la tortilla.

Cuando llegaron con el doctor, le pidió a la madre que esperara afuera en tanto que la hija

se pasaba al consultorio, después de un minucioso interrogatorio y de una delicada exploración le dio su diagnóstico: —Mira, hija, estás embarazada—, y volvió a machacar —además eres virgen— Se quedó sentada, sin moverse, aquel cubetazo de hielo la dejó fría, sin parpadear, sintió miedo y se mordió los labios lastimándose, después se aflojó cayendo al piso, la enfermera le ayudó al doctor a subirla en la camilla y le quitó la bata que traía puesta, le ayudaron a ponerse sus ropas. Hicieron pasar a Sara, quien al recibir la noticia, el suelo se abrió bajo sus pies, el médico no supo qué hacer y llamaron a los que hacían el servicio de residencia y entre todos la llevaron hasta su casa.

Cuando Sara Bustamante vio a su marido se desgarró llorando a gritos, aún no podía creer lo que le habían dicho en la clínica; el médico que las acompañaba le comentó a Camarillo que su hija se encontraba embarazada.

Al residente se le escapó el comentario diciéndole a su esposa de aquel extraño embarazo y en la reunión de los jueves las señoras prendieron la mecha, siguió entre la servidumbre, se extendió por la carnicería y estalló en el mercado. Allí se enteró Cornelia, cuando entre las canastas le preguntaron, quién era el papá no supo qué decir y se fue al caserón donde encontró a María Virtudes recortando lienzos para hacer pañales. Al verse se abrazaron llorando hasta agotar el manto.

El murmullo se extendió en el pueblo, se me-

tió entre los resquicios, se sirvió en las mesas, se asó en el campo y se sirvió en las copas de la taberna. Se echaron apuestas sobre la paternidad de aquel hijo. En la fonda se comentó que conociendo a José Camarillo, lavaría con sangre la afrenta, pasó el tiempo y nada ocurrió.

Micaela con el temor desangrándole el pecho se encaró a Nicolás y le increpó sobre el hijo que iba a tener con María Virtudes, —¿cuál hijo?— le respondió, ella volvió a insistir —el que vas a tener con la hija de Sara Bustamante— y con voz trémula volvió a remarcar —ya me dijeron en la fonda cómo te vieron en las tapias— al escuchar aquel repique, con la voz entrecortada le explicó en detalle que así nunca se podría tener un hijo, —y si así fuera serías la primera en saberlo. —¿Entonces de quién es? volvió a preguntar —no sé— le respondió Nicolás y terminó diciendo que Natividad Bárcenas la pretendía. Dejando en el aire la duda.

En la cantina, “La Liebre” destapó el incidente sin aseverar nada, cuando llegó a oídos de Natividad aquel barullo, —¿Cuál hijo?, decía, —y se fue a buscar a Quintín Bárcenas hasta Salinas, donde había ido a comprar sal y le soltó toda una retahíla de palabrería, diciendo que José Camarillo trató de verles las caras de pendejos y le señaló a Quintín que no había tenido tiempo de nada y que por encima no se puede tener hijos, lo que terminó por convencer a su padre, quien trató de calmarlo insinuándole que se casara con ella; al escuchar el disimulo lanzó un reparo y exclamó: —Qué dirá la gente y si luego

es de Nicolás, no, padre, que se lo cargue otro. —¿No será de José Camarillo? —señaló Quintín; se fue con la pregunta revoloteando debajo del sombrero, al llegar a su casa, le preguntó a su mujer por la parienta de Cornelia que trabajaba de sirvienta; les contó sobre el día que la había corrido pero no sabía más.

Las voces continuaron creciendo, trataron de juntarse los cabos, la corrida de Cornelia apresuró la imaginación, Nicolás permaneció en el pueblo, los celos furibundos del padre, los amores entre las tapias, la afrenta sin lavarse; y todo mundo pidiendo razones.

La figura escuálida siguió pascándose en el jardín y en la cantina le reclamaron a Natividad su amor empedernido, se le soltó la lengua, comenzando a maldecir: —Es del padre, acuérdense cómo no dejaba que nadie se le acercara—.

El eco se perdió en el mercado, brillaron los dientes en todas las bocas, las voces se metieron debajo del rebozo acomodándose en las orejas.

María Virtudes se encerró en su cuarto a esperar el dolor del parto y cuando le nació un hijo, lo cambiaron por un burro manadero.

El pueblo no encontró la respuesta, nadie se casó con nadie, la sangre no corrió entre las calles para lavar la honra vulnerada, las buenas conciencias prendieron la vela, el torbellino se volcó entre las sagradas costumbres y la noche se llenó de sombras que levantaron los brazos y los cien-

tos de uñas se encajaron cebándose en la carne, lo arrastraron de las corvas con el pantalón bajado hasta las rodillas y de un navajazo caparon a José Camarillo.

Cuando María Virtudes se levantó de la silla que permanecía junto al almendro, se fue arrastrando los pies apoyándose en el bordón y se metió al cuarto a tejer con hilo de carrete, esperando noticias de su hijo que estaba preso, dejó la memoria en el hoyo que había escarbado con la cuchara. En tanto algunos recuerdos se habían empolvado en los tortuosos caminos que le blanquearon el pelo.

Junto al jarro de leche bronca, permanecía tirado boca arriba sobre la loza del cemento, con la mirada perdida entre las rendijas de la ventana por donde entró la primera campanada, las zancas engarrotadas dejaron escapar un crujido al menor movimiento. El pelo espantado se confundió entre los pliegues de la cobija de lana gris que le servía de almohada y entre los remolinos de la memoria se atascaron las imágenes sin lograr ponerlas en claro por más que les diera vueltas.

Le dijeron que le iban a aplicar la ley fuga. —Me van a matar— la frase retumbó en la desolación del cerebro, los huesos del cráneo continuaron crujiendo; sin darse cuenta las gotas saladas fueron manando del cuerpo hasta encharcar el piso, al hacer un intento para ponerse de pie se le doblaron las corvas, acalambradas por la humedad y el miedo, volvió a tenderse de costado y acomodando el rostro, se tocó las grietas donde crecieron las barbas que fueron arrasando el cerro de los pómulos hasta invadir los ojos, con la lengua erizada y los labios cenizos volvió a preguntarse —¿Porqué irán a matarme?— la he-

diondez que provenía del miadero y el ruido de las cucarachas lo sacaron poco a poco de su marasmo.

Sintió la matadura en los tobillos que le habían provocado la dureza de los cepos, al levantar el pie, el ruido de las cadenas continuó chisporroteando en la oscuridad. Los días que había pasado en la celda fue el mismo tiempo en el cual una vaca melona compurgaba una sentencia en el patio de la presidencia; la sorprendieron arrancando las hojas que crecían en los aterraderos del jardín, dando giros con el pescuezo desenterraba las zanahorias, las que trituraba con devoción.

Cuando llevaron preso a Antonio Camarillo lo traían amarrado de las manos hasta el cogote, arrastrando las barbas por el suelo, dejaba una huella adolorida al pisar con los huaraches la barba alunizada, el polvo sediento recogía lágrimas rojizas que resbalaban de la cara. Caminaron por las calles, donde se alzaron los ojos por debajo de los sombreros, en los resquicios de las puertas se amortiguó el ruido de los goznes, los rostros de lodo requemado, siguieron los mechones que descendían por el espinazo hasta que se perdió en la sombra del portal donde empezó la cárcel.

Por el mes de julio el sol arreciaba en las cabezas. La tierra caliza se iba comiendo la majada y las bestias al caminar por los atajos dejaron los huesos desperdigados en la vereda, la canícula parecía un horno donde se cocían las vacas, que arrastraban los pellejos con las ubres apagadas. Los cristianos se amontonaron en los tendajones

de adobe desparramados en las orillas del pueblo. "La Serrana" era dueña de uno de esos tendajos donde se vendía colonche y agua de jamaica para remojarse la lengua, con los ojos negros de obsidiana y labios carnosos refrescaba las miradas que se iban escurriendo donde baja la rabadilla. Cuando llegó Antonio, se le notaron los ardores que chorrearon por los ojos de la que fue su querida antes de casarse. El se había apalabrado con "La Serrana", los amoríos de tiempo llegaron lejos y élla se quedó esperando hasta darse cuenta de que se había perdido con otra, se quedó rumiando los recuerdos atrás del mostrador y siempre tenía a la mano un jarro de flores maceadas. Cuando lo vio llegar con la boca blanca de tierra, echó una sonrisa a los lados, le sirvió un jarro de toloache blanco endulzado con piloncillo, al verlo cómo se atragantaba se santiguó la frente. Todavía lo vieron salir tomando el camino a la Lugarda, se le veía el mismo modo de cuando saludó afuera de la iglesia.

Se fue al monte, donde pastoreaban los animales, la cabeza le hacía remolino y fue a sentarse abajo de un pirul, donde se quedó dormido. Al despertar tenía los ojos torcidos y de un salto se fue corriendo entre la nopalera y se clavó en la carne las clavellinas que brillaban en la resolana. Lo encontraron revolcándose en los potreros de la hacienda. Los peones de Villa de Arriaga lograron amarrarlo, lo subieron al lomo de un burro y haciéndole pelos llegaron hasta su casa, con la mirada de borrego trasquilado lo dejaron tendido en el catre, bien prendido con la reata que servía para maniar a las mulas y al

abrirse las puertas por las fuerzas del terregal, las caras asomadas veían un ánima en pena retorciéndose en los sarapes.

Así quedó durante un tiempo hasta que se le despellejaron los brazos, se aflojaron los nudos y logró desatarse. Corría detrás de los puercos con el tranchete tendido lanzando tarascadas para reventar a los animales y echando gritos brincaba las cercas, arrimándose a la gente les decía que los cochinos estaban tripones de gusanos; a veces llegaba a su casa lleno de mordiscos, donde su mujer le ponía cataplasmas de sávila.

Un lunes por la tarde lo traían a mal traer, la guarnición de soldados lo levantaba a punta de culatazos. Los ojos torcidos parecían canicas estrelladas, se ponía a gritar como animal lastimado, moviéndose entre el círculo de cañones que habían recortado cartucho. Con las manos en destrozo trató de capear los golpes, hilillos de sangre caían de las cuarteaduras del rostro, se movía como un animal herido con la ropa gastada; el lodo sanguinoliento le ennegrecía los dientes despedazados.

Lazándolo de las corvas lo tumbaron, al caer levantó una inmensa polvareda que lo sepultó, se le veía tan sólo el borde de los pies. A tirones lograron desterrarlo y se lo llevaron arrastrando hasta la orilla del pueblo y de un culatazo que le descuajará el alma, lo pusieron de pie, con las manos atadas caminaron por los tendajones y se le quebró la voz cuando los ojos de obsidiana le atravesó el pecho.

Al dejarlo en la celda parecía un Santo Cristo apaleado por la procesión. Permaneció deambulando en los muladares de la conciencia. Al siguiente día lo cambiaron de celda por haber pintado con mierda las paredes.

Durante varios días el alcalde de llevó un jarro de leche bronca de la vaca melona que penaba en el patio. Conforme el tiempo siguió se la pasaba dormido, los alaridos se fueron apagando, se levantaba para agarrar el jarro y volvía a dormirse, así se la pasó encerrado.

Cuando abrió los ojos, la celda estaba llena de oscuridad. Se tocó el rostro, tallándose los ojos tentaleó por todas partes, al sentir lo duro del cemento percibió la pestilencia que venía del rincón —¿Qué carajos hago aquí?— se preguntó sin moverse y se quedó tendido hasta que el sol aligeró las sombras. Al escuchar los pasos del alcaide junto con el ruido al quitar la aldaba, trató de mover los labios, le dolió todo el cuerpo, al abrir la puerta la sombra se inclinó para dejar la leche.

—¿Porqué estoy aquí?— le dijo con voz lastimera y volviendo a añadir —háblenle a mi mujer, por caridad— y sin hacer aprecio, cerraron la puerta.

Una voz sin corazón se hizo escuchar; señor alcaide, avísele al preso que la sentencia ha sido dictada, quien quita y lo entienda. De nuevo los pasos se escucharon cada vez más fuertes, hasta detenerse en el quicio de la puerta. Sin qui-

tar el candado, la aldaba permaneció en su sitio y a través de las hendiduras el contenido de la sentencia se convirtió en una penca de nopal que le estalló en la cara.

Al escuchar la segunda campanada por las rendijas de la ventana, se abrió la puerta, lo alzaron en vilo y se lo llevaron entre los huizaches, mientras el viento jugaba con las espinas, el frío le humedecía los ojos, ya sin aliento y sin voz se volvió a preguntar —¿Por qué?— al perderse la última letra en los caminos de la memoria, las ráfagas de plomo le chamuscaron la carne, quedó tirado con los socavones en la espalda por donde fueron entrando los rayos de la luna.

En las puertas de la presidencia algún día se leyeron los encabezados de las hojas del Diario Oficial que pegaron con engrudo: “Por disposición del gobernador del Estado, se suprime la pena de muerte”. Y en algunos de los salones de las nuevas tabernas se hizo un comentario. la última ley fuga se aplicó a un hombre, quien utilizando un cuchillo para castrar puercos, le abrió el vientre a su esposa que estaba embarazada, le sacó el producto y se lo arrojó a los puercos.

Al pasar los años le fueron a avisar al carpintero que “La Serrana” le había dado a beber toloache blanco a su hijo y andaba queriendo montarle a los gusanos.

—Dále a tomar leche bronca y en una semana se cura—, le dijo a su mujer.

!Ya mataron a su hijo!, gritó la voz que aporreaba la puerta de aquel caserón deshecho, al quitar la tranca el rostro envejecido de María Virtudes recibió a bocajarro los gritos desquebrajados; ¡ya mataron a tu hijo! El corazón le dio un vuelco y el chicotazo le nubló la vista, a punto de caer endureció la mano apoyándose en el bastón.

Se fue caminando como un animal cansado dirigiéndose al camposanto, cuando vio a los perros desmadrándose con los zopilotes por los pedazos de carne, un estallido infinito le reventó los oídos, se le secaron los ojos y se arrodilló para recoger el cuerpo despedazado que metió en un costal, se lo llevó arrastrando hasta su casa, se le veían dos hilillos de sangre brotando de las orejas como lagrimones rojizos que fueron atravesando el cuello marchito hasta perderse en la desolación.

Continuó escarbando con los dedos nudosos en el hoyo que había empezado con la cuchara, al enterrar el costal sacó del seno una bolsa percutida, en la que traía el dinero que le había dado

Antonio Camarillo unos días antes, los depositó en el hoyo junto al costal y con las manos nudosas arrojó los puños de tierra hasta que logró sepultarlo, cortó dos ramas del almendro y formó una cruz, al clavarla en el promotorio de tierra alcanzó a pronunciar: Ya no habrá quien me entierre.

*Por acuerdo del señor rector de la
Universidad Autónoma de San Luis
Potosí, Lic. Alfonso Lastras Ramírez,
este libro se imprimió en los Talleres
Gráficos de la Editorial Universitaria
Potosina. La edición fue concluida
el 24 de febrero de 1987 y consta
de 1000 ejemplares.*